



KALI NO ES KALI

He de reconocer que me encanta la buena vida, los lechos confortables, los coches de lujo, los hoteles caros, la ropa de marca, el buen *whisky*, los puros habanos, el caviar ruso, los yates… Creo que si dispusiera de dinero en abundancia, mis ansias aventureras estarían adormecidas mientras mi cuenta corriente lo soportase…

O quizá no.

La verdad es que cuando se nace aventurero, se vive y se muere así. Y si no lo creen permítanme que les cuente lo que me pasó con Sharon Helton.



Indiana James

Kali no es Kali

Bolsilibros - Indiana James - 35

ePub r1.0

LDS 17.05.18

Título original: *Kali no es Kali*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

He de reconocer que me encanta la buena vida, los lechos confortables, los coches de lujo, los hoteles caros, la ropa de marca, el buen *whisky*, los puros habanos, el caviar ruso, los yates… Creo que si dispusiera de dinero en abundancia, mis ansias aventureras estarían adormecidas mientras mi cuenta corriente lo soportase…

O quizá no.

La verdad es que cuando se nace aventurero, se vive y se muere así. Y si no lo creen permítanme que les cuente lo que me pasó con Sharon Helton.

Yo había acudido a la Universidad de Miskatonik para dar un cursillo sobre las religiones existentes en el mundo y su inmortalidad. Me había invitado el Profesor Van Arkham, que era el encargado de la Cátedra de Antropología.

El cursillo contaba con no más de una treintena de alumnos y yo debía de convencerles de que las culturas sucumben al paso del tiempo, los imperios tampoco sobreviven, la ciencia es sustituida por otras ciencias… pero las religiones, las grandes religiones, pueden resistir el paso de los siglos sin quedar arrinconadas en los libros de historia.

¿Cómo explicar el Cristianismo, el Jainismo, el Budismo, el Islamismo, si no es desde esta perspectiva?

Si ustedes han seguido mis aventuras sabrán que la Religión no ha sido un tema que haya acaparado mi atención, y, también sabrán que mis conocimientos sobre el tema son más bien escasos.

Pero, cuando recibí un cheque de 10 000$ por dar un cursillo que sólo me llevaría un mes, decidí que podía gastar una semana de mi tiempo, en ponerme al día en materia religiosa.

Y lo hice.

En siete días devoré más de treinta libros sobre religiones tradicionales: desde impresionantes volúmenes muy documentados, hasta libros escritos por «fantasmones» como yo, que no querían dejar escapar a ese editor que les había ofrecido una buena (o no tan buena) suma de dinero por escribir una Historia de las Religiones, vista desde una perspectiva ocultista.

En aquellas páginas me enteré de que los hindúes no comen carne de vaca, de que los mahometanos no la comen de cerdo, de que los judíos tampoco, de que los jainitas no comen ningún animal porque son vegetarianos, y mucho.

También me enteré de que, una vez muertos, a los mahometanos les espera un Paraíso lleno de mujeres y buena comida, a los cristianos también les espera un Paraíso pero sin saber muy bien lo que hay allí, y que los hindúes son «rebotados» y vuelven a la vida dentro de otro cuerpo.

También descubrí que las personas propensas a fumar hierbas, tienen más visiones que los que sólo comen hamburguesas. Y que los milagros tienen preferencia por algunos momentos históricos y éste no es uno de ellos. Por lo menos eso decían los escritores que leí, aunque, a mí, aquel cheque de la Universidad de Miskatonik, me pareció un auténtico milagro del siglo XX.

Con todos estos conocimientos me sentía muy capaz de dar una charla sobre «Religiones y su Capacidad de Adaptación a las Circunstancias», o acerca de «Religiones y Cultos Zoofóbicos», hasta incluso sobre «Religiones y costumbres culinarias: cocinando a los Dioses de los demás».

Así que, armado de mis nuevos conocimientos y de una buena dosis de confianza en mí mismo, me dirigí a los brazos del Profesor Van Arkham dispuesto a decir todo lo que hubiera menester sobre Religiones.

Empecé mi curso al día siguiente de mi llegada a la Universidad y, para mi desconsuelo, la clase estaba formada por un montón de cincuentonas millonarias que sólo deseaban encontrar algo excitante para colmar sus aburridas vidas.

Me atrevería a jurar que más de una pensó que yo podía ser esa cosa excitante, pero uno lleva muchos años de «trote por el mundo», para caer en estas trampas, así que el primer día nombré una «Encargada de Curso». Tarea que recayó, curiosamente en una chica

de veintipocos años, llamada Sharon Helton, de medidas que le hacían candidata para «*Miss* Mundo» y cuyo trabajo consistía en tomar notas de mis charlas y pasarlas a limpio… en mi habitación y por la noche.

¿Hace falta que les diga más?

Pues sí. No fue, ni mucho menos, lo que ustedes se imaginan.

Sharon Helton era la heredera del «Rey» de los Criaderos de ostras en el Pacífico. Su educación se había llevado a cabo en los mejores colegios del Este, culminando con un brillante doctorado en Antropología en Harvard, con una tesis llamada «Costumbres sexuales de las tribus prehistóricas, que han pervivido hasta nuestros días».

Su trabajo había sido única y exclusivamente teórico.

Y por más que yo intenté realizar unos ejercicios prácticos sobre el tema de su especialidad, no lo conseguí.

Pero, a cambio, ella quedó perdidamente enamorada de mis conocimientos científicos.

Cuando el curso llegó a su fin, Sharon me propuso tomar unos días de descanso en casa de sus padres, en Seattle.

Cuando digo casa, lo hago por usar una palabra conocida, ya que «suntuosa mansión» «lujoso palacio» o «Paraíso», se quedan cortas para definir el «habitat» de esta familia.

Yo no había abusado de la inocencia de su hija, era culto, escribía artículos científicos en publicaciones serias, había viajado por medio mundo, hablaba varios idiomas, y no era mal parecido.

A lo largo de una semana les convencí de que formaba una buena pareja con su hija, de que sabría ponerme al frente de los negocios que heredaría y de que le daría una vida de Reina (cosa de la que, evidentemente se iban a encargar los buenos montones de dólares de su padre).

No voy a decir que estábamos prometidos, porque no es cierto, pero la «cosa» andaba por buen camino.

Hasta que fuimos a la Opera.

Actuaba Plácido Domingo y Kiri Te Kanawa.

Me vestí de «*smoking*» y, acompañados de sus padres, fuimos en el «Rolls Royce» al Imperial Opera House de Seattle.

La gente se arremolinaba en la puerta esperando sacar sus entradas mientras los que íbamos a ocupar las primeras filas

llegábamos en lujosos coches, vestidos de pieles, y forrados de joyas.

Fue mientras ofrecía mi brazo a la señora Helton para subir las escaleras, cuando una chica salió de entre el público y se lanzó sobre mí.

Debió de pensar que estaba a punto de ahogarme porque me hizo uno de los más intensos ejercicios de salvamiento «boca a boca» que nunca haya sufrido, y ni siquiera presenciado.

Cuando conseguí apartarla y ver su cara, todos los colores del mundo subieron a mi rostro. Y no sólo los rojos, también tuve un tono amarillento, uno azul, otro verde, violeta…

Era Kobra.[1]

Una impresionante rubia que se dedica al *strip-tease* acompañada por todo tipo de animales, a los que profesa un gran cariño.

Hemos compartido un gran número de sábanas en un montón de camas repartidas por todo el mundo.

Es decir: era la persona que menos me apetecía encontrar en aquel momento.

—¡Indy! ¡Grandísimo granuja! ¿Qué haces disfrazado de pingüino?

—Me confunde señorita… —acerté a balbucir.

—No disimules —añadió ella—. Ya sé que te gustan las bromas… Soy Kobra, la del *strip-tease*. ¿No te acuerdas de aquel lunar en mi pecho izquierdo que tanto te gustaba?

—No… Yo… No… Me confundes con otro —dije a la vez que tiraba del brazo de la señora Helton, escaleras arriba.

Sólo conseguí avanzar un par de peldaños: la voz de Kobra atronó el aire entre el ruido de los coches y el murmullo de la multitud.

—Indy… sabes perfectamente que no me gustan estas escenas.

La señora Helton se negó a que la siguiera arrastrando y se giró hacia Kobra. Yo hice lo mismo.

Estaba cuatro escalones más abajo, con las manos en las caderas, el abrigo abierto y mostrando que debajo únicamente llevaba un minúsculo *body* de color carne.

Los tres o cuatro fotógrafos de prensa que habían acudido a realizar un trabajo de rutina, comenzaron a disparar sus máquinas de una forma convulsiva.

Los «*flashes*» iluminaron la noche.

Los «¡OOOHHH!» Y «¡AAAHHH!» Del público que desde donde se hallaban creían que la chica iba desnuda, parecían el Coro de Nabuco de AIDA.

Los policías comenzaron a hacer sonar sus silbatos.

El señor Helton sólo atinaba a gritar.

—¡Señorita, por favor, señorita!

La señora Helton se desmayó.

Y Sharon lo contemplaba todo con una sonrisa malévola en los labios.

Yo me imaginé que al día siguiente iba a aparecer en las páginas de todos los periódicos, pero no en la sección de sociedad, sino en la de chismes y cotilleos jocosos.

—Kobra, por favor… —dije desesperadamente.

La cara de la chica se iluminó mientras me apuntaba con un dedo amenazador y me guiñaba un ojo.

—¿Ves como me conoces?

Sí. La conocía.

No sé quién recogió a la señora Helton. Tampoco sé si el señor Helton dejó de decir aquellas frases estúpidas. Ni siquiera sé si Sharon dejó de sonreír con picardía.

Lo que sí tenía claro era que jamás me atrevería a volver a casa de los Helton a buscar las escasas prendas personales que allí había dejado.

Si no puedes con tu enemigo… ¡Únete a él!

—¡Kobra querida…! —dije sonriente mientras bajaba las escaleras hacia ella.

De un golpe se cerró el abrigo, dejó de sonreírme y me gritó con furia:

—Ni se te ocurra acercarte a mí. Si no eres amigo más que cuando te conviene… yo hago lo mismo. ¡Cómo te vea aparecer por el Colonnial Hotel te lanzaré mis osos polares amaestrados!

Y se alejó en un taxi que le esperaba en la acera de enfrente.

Media hora después yo estaba paseando por las calles de Seattle vestido de «*smoking*», recién duchado y afeitado, con un delicioso aroma de perfume francés por todo mi cuerpo… y sin un solo dólar en el bolsillo.

¿Qué podía hacer?

Ir al Colonnial Hotel.

CAPÍTULO II

La recepción de un hotel como aquél es un sitio fabuloso: se ven pasar los individuos más dispares: millonarios vestidos con dinero y sin estilo, azafatas de líneas aéreas exóticas ataviadas con trajes nacionales… Si Kobra podía permitirse el lujo de alojarse en un sitio como éste, es que su «artístico *strip-tease*» se había puesto de moda entre los hombres más ricos de la nación.

No tuve mucho tiempo para contemplar el «paisaje». Casi antes de que pudiera sentarme, un botones se acercó a mí.

Me imaginé que me preguntaría a quién estaba esperando.

Pero no fue así.

—¿El señor Indiana James?

—Yo soy.

—Perfectamente. Ahora acudirá el camarero —y se alejó sin decir nada más.

Un par de minutos después vino el camarero con un vaso de *bourbon* «Old Forester» de doce años, en vaso frío y con dos cubitos de hielo.

¡Kobra no se había olvidado de mis gustos!

Al levantar el vaso descubrí que bajo él se hallaba un papel doblado.

HABITACION 1614, decía escuetamente.

Terminé mi bebida de un trago y me dirigí al ascensor.

Rápidamente me llevó hasta el piso 16. Busqué la habitación 14 y llamé tímidamente con los mudillos a la puerta. Me sentía feliz al pensar que Kobra no estaba enfadada conmigo…, aunque me hubiera hecho perder la posibilidad de pasar el resto de mis días sin

más obligación que estudiar los techos de las paredes desde una cómoda cama.

—Adelante —me dijo la atiplada voz de Kobra.

Abrí la puerta. La habitación estaba en penumbras. Kobra yacía sobre la cama cubierta únicamente por dos serpientes. No por dos pieles de serpiente, no. ¡Por dos serpientes de verdad!

Al verme agitaron sus lenguas bífidas fuera de sus boquitas, en un gesto que me pareció de relamerse. Cada una de ellas debía de medir más de 5 metros, y su cuerpo, en algunos puntos era más grueso que los brazos del campeón mundial de levantamiento de pesas.

—Hola, cariño… —dijo la chica desperezándose sobre la cama y dejando resbalar sus serpientes desde encima de su cuerpo hacia la colcha.

—Hola, bonita… —dije yo, mientras comenzaba a quitarme la chaqueta del «*smoking*».

—Bienvenido, señor James… —dijo una voz masculina a mis espaldas.

Me giré en redondo, sobresaltado.

—Perdone la sorpresa, pero he preferido anunciar mi presencia antes de que usted fuera aligerándose de peso, y la temperatura de la habitación se caldease demasiado.

—¡Señor Hodgson! —exclamé sorprendido.[2]

Había pasado bastante tiempo desde que lo conocí, pero no se notaban cambios en él: estaba bronceado, vestido con elegancia, sus cabellos seguían siendo canosos y tenía el mismo aire juvenil que yo recordaba, a pesar de sus sesenta años.

Se trataba de un millonario excéntrico, cuya afición era coleccionar libros antiguos, de Magia Negra, que se creían perdidos para siempre.

Le estreché la mano con calor. El encargo qué me había dado cuando lo conocí, fue generosamente pagado.

Le gustaba hacerme llegar hasta él de formas enigmáticas, que excitaran mi curiosidad. Y, esta vez había utilizado las aptitudes teatrales de Kobra, que ya había desaparecido silenciosamente, por una puerta.

El señor Hodgson me señaló con la mano un sillón que había frente al suyo y junto a una botella de *bourbon*, dos vasos y una

cubitera de hielo.

—Tengo que hablar con usted… —dijo a modo de introducción.

—Espere un momento… Necesito que me aclare unas cosas: ¿el encuentro con Kobra ha sido asunto suyo?

—Sí.

—¿Y el cursillo sobre religiones…?

—También. Suelo realizar donaciones en metálico a la Universidad de Miskatonik y, por tanto, son muy sensibles a mis recomendaciones.

—¿Sharon Helton?

—No. Esa historia es culpa suya y sólo suya. Si no llega a ser por mi afortunada intervención, y la colaboración de Kobra, usted iba camino de pasar sus días viendo engordar mejillones. Y coincidirá conmigo en que le he salvado de un futuro que le hubiera hartado en un plazo de tiempo muy breve.

—Me hubiera gustado saber qué se siente al aburrirse del lujo… —repliqué tristemente.

—¡Señor James! ¡Levante ese espíritu! Es usted un hombre de acción, de lucha, de riesgo, de sorpresas…

Sí, Oliver Hodgson tenía razón. En dos meses hubiera estado «hasta el gorro» de los señores Helton, de sus saunas, de sus partidos de golf, de sus aburridas fiestas, de su «Rolls» con aire acondicionado, teléfono, televisión, bar…

No pude por menos que sonreír. Oliver Hodgson me conocía muy bien.

El también sonrió, creando un ambiente de complicidad. Y, a continuación, como un niño que cuenta un juego muy divertido a otro niño, se acercó a mí y con los ojos brillantes, comenzó a hablar.

—Quiero que me consiga un libro: «Las invocaciones prohibidas a Kali».

Dejó pasar unos segundos para ver qué reacción surtían en mí las palabras que acaba de pronunciar.

—¿Kali? —dije por toda respuesta.

—Sí. La esposa de Siva, la de las diez formas, las diez *MAHAVIDYA*. También conocida por los nombres de Durga, Devi, Parvati, Urna…

Todo aquello comenzaba a sonarme. Cuando me preparé para el

cursillo había leído algo sobre aquellos nombres. Eran dioses hindúes.

—Sí, creo que la conozco. Explíqueme algo más.

Oliver Hodgson se aposentó en su sillón con aire de satisfacción.

Había conseguido excitar mi curiosidad.

—El culto a la Diosa Kali ha sido uno de los más curiosos y secretos de toda la historia… pero empecemos por el principio: Usted ya sabe que el hinduismo está formado por una gran familia de Dioses: padres, madres, hijos, familiares, vecinos, conocidos… y que, por si fuera poco, cada uno de ellos, puede adoptar varias formas, constituyendo cada una de ellas una nueva deidad con su culto propio.

—Sí. Todo eso ya lo conozco.

—Bien. Así que también sabrá que el Dios primitivo es Siva y que su esposa es Durga. Por otra parte Durga tiene varias personalidades y una de las más curiosas es la de KALI, LA DIOSA DE LA MUERTE.

De un maletín de cuero que había junto al sillón extrajo una cartulina que me tendió.

Era una imagen de Kali.

Una imagen capaz de provocar pesadillas.

Kali era negra y llevaba un collar de calaveras humanas. A su cintura llevaba una faldilla formada por piernas y brazos. Tenía tres ojos y un gran número de brazos. Su boca estaba contraída en una sonrisa maligna y diabólica, con los labios abiertos que dejaban ver unos dientes puntiagudos como puñales, entre los que asomaba una lengua.

—Ésta es Kali —prosiguió Oliver Hodgson—. Su culto llegó a estar muy extendido en la India en el siglo pasado. Sus «fieles» aspiraban a abandonarse completamente a la voluntad de la Diosa, a entregarse a ella hasta perder el dominio de sí mismos. Practicaban ritos sangrientos con personas humanas. Se les conocía como los THUGGS.

Se tomó un respiro antes de continuar.

—Para sus sacrificios buscaban a gente «pura»; niños, jóvenes, vírgenes, adultos sanos… Todo esto les hizo bastante impopulares, de tal manera que no tuvieron más remedio que pasar su culto a la clandestinidad. Pero, a pesar de esto, su número fue en aumento, y

sus adeptos crecieron desmesuradamente. Todos los Rajahs comenzaron a temerles. No sólo por su tendencia al «secuestro» sino porque constituían un ejército obediente y ciego, del que se desconocía el número de miembros, y su implantación en los diferentes estratos de la sociedad. Sus sirvientes, su hijo favorito, sus esposas, sus soldados… todos podían pertenecer a la Religión Prohibida y estar dispuestos a matarlo si así se lo pedían sus sacerdotes.

—Ya comprendo. El aire clandestino que les envolvía les hizo, a los ojos del pueblo, más poderosos de lo que eran en realidad…

—Sí, exactamente. Se les atribuyeron centenares y centenares de fechorías, muchas de las cuales, estoy seguro de que no cometieron. Pero no sólo fueron temidos por los propios hindúes. Los ingleses, durante la época de dominación colonial de la India, también se asustaron de ellos: prohibieron su culto, los persiguieron y aniquilaron allí donde los encontraron… Y los Thuggs se defendieron. Una de sus mayores habilidades es la de estrangular a sus enemigos con un cordel fabricado con cerdas de tigre. Nunca he tenido ninguno en las manos, pero parece ser que es un arma mortífera. Los ingleses comenzaron a sufrir las primeras bajas: comandantes del ejército, comerciantes acaudalados, pastores religioso… Todos aquellos que se enfrentaban a los seguidores de Kali aparecían estrangulados en sus aposentos, con una imagen de arcilla de Kali entre los dedos de su mano izquierda. Nadie sabía cómo podían entrar los asesinos hasta los más recónditos dormitorios de las fortalezas más inexpugnables… pero lo cierto es que lo conseguían.

—Los ingleses… ¿lograron exterminarlos? —pregunté ávido por conocer el final de la narración.

—La historia dice que sí… al menos en sus formas más sangrientas. Según nos cuentan, consiguieron que acabaran con los sacrificios humanos. Y hoy sigue el culto a Kali, sobre todo en la zona de Bengala, pero de una forma más folklórica, ya que lo único que se matan son cabras, y al terminar la ceremonia los fieles se van a sus casas sin quedar esclavizados, para siempre, en la fe a la Diosa.

—Ya veo: una religión «*light*».

—Exactamente. Sólo que yo dudo de que se haya acabado con

los sacrificios humanos.

—¿De qué se trata el libro que quiere que busque?

—LAS INVOCACIONES PROHIBIDAS A KALI, son un conjunto de oraciones que sirven para poner a los fieles en estado de trance, para apoderarse de sus voluntades La persona que recita los *mantras*, o invocaciones, adquiere de esa manera un poder limitado sobre un ejército abundante y disciplinado… En el libro también se explica la forma en que han de ser recitadas, las entonaciones de la voz, los gestos de los brazos, la luz ambiental…

—¿Está seguro de que ese libro existe?

—Todas las noticias que tengo sobre él, se pierden a finales del siglo XIX. Pero un estudioso me dijo que Hitler podía haber tenido acceso a un ejemplar, al igual que el reverendo Jim Jones, el sacerdote supremo del «Templo del Pueblo» en Guyana…

—¿El que provocó el suicidio de 900 de sus seguidores?

—Sí, ése. También parece que tuvo acceso al libro.

—¿Cómo podré encontrarlo? —pregunté intrigado.

—No lo sé.

—Bueno, pues entonces… ¿Cómo localizar a los Thuggs?

—Tampoco lo sé.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que confío en su «olfato», que confío en que no me va a engañar, y que le voy a pagar
100,000 $,
más los gastos, por intentar encontrarlo. ¿Acepta?

—Si Kobra me acompaña, sí.

—Te acompañaré —dijo la chica a mis espaldas.

—Acepto —respondí.

CAPÍTULO III

Oliver Hodgson nos había sacado dos pasajes de avión hasta Calcuta, la capital de Bengala, el feudo de los «Adoradores de Kali descafeinados».

Si sólo se conoce Calcuta, es imposible comprender el amor que un sector de nuestra juventud tiene por las cosas indias.

Calcuta es ruido interminable, polvo asfixiante, buitres carroñeros por las calles disputándose un magno pedazo de carne adherido a algún hueso, miseria, enfermedad…

Sólo tengo que decirles que el 80% de los hindúes hacen sus necesidades en las calles, y que en Calcuta hay más de 10 millones de habitantes. Tampoco se olviden de los ejércitos de vacas que pasean por todas partes (de las cuales el 100 % hacen sus defecaciones donde les pilla).

Los habitantes de Calcuta viven donde pueden. Sus casas son los desagües, las aceras, chabolas hechas con cartones…

Por sus calles y, compitiendo con las vacas, hay montañas de pordioseros, leprosos, tullidos, ciegos, vagabundos…

Y entre todo este maremágnum de pobreza, se alza la Calcuta Europea, la de los lujosos palacios victorianos de mármol blanco, la de las modernas discotecas, la de los nuevos bloques de oficinas…

Calcuta es la jungla humana de la pobreza. En lugar de lianas que te impiden el paso, son los brazos de los mendigos que te apuntan, te rodean, te asfixian… Para andar tienes que apartarlos, casi a empujones.

Kobra ya debía de conocer la ciudad porque mientras yo me debatía entre el océano de manos pidiendo unas piastras, ella había conseguido acercarse hasta unos porteadores de «rickshaw» y estaba regateando el precio del recorrido con ellos.

Me hizo una seña indicándome que me acercara.

Nos sentamos juntos en el sillón, mientras el conductor se agarraba a los dos palos y comenzaba a estirar del carrito, del «rickshaw».

—Agobiante —dijo Kobra.

—Doloroso —maticé yo—. Me resulta difícil seguir insensible ante la pobreza que me rodea. Ser impotente para remediar todo esto…

El «rickshaw» nos depositó en las puertas del Hotel, en un plazo de tiempo razonablemente breve. Le pagué el dólar prometido y le di otro más como propina, lo que el hombre me agradeció con una sonrisa.

El Naja Guest House, era el más moderno hotel de la ciudad, las habitaciones eran amplias, confortables y contaban con todo tipo de lujos: aire acondicionado, bar surtido de botellas de *champagne* francés, televisión a color con canal propio, sauna…

Nos duchamos juntos.

Nos secamos juntos.

Y nos tumbamos sobre la cama, a «descansar», juntos.

«Después», Kobra me dijo:

—¿Por dónde vamos a empezar?

—No lo sé. No creo que sea una buena idea salir a la calle a preguntar por los «misteriosos y ocultos seguidores de Kali».

—¿Entonces?

—Improvisaremos.

Kobra había hecho mi equipaje. Ella se había preocupado de comprarme la ropa de algodón más apropiada para aquellas latitudes, así que me enfundé en sus compras y, sintiéndome un poco «turista» nos dispusimos a salir a la calle.

A pesar de ser media tarde, hacía calor, mucho calor. El anochecer, que ya se anunciaba en el cielo, no parecía mitigar en absoluto los rigores de la temperatura. Más bien todo lo contrario. Un denso ambiente, mezcla de humedad y olor a excrementos, se extendía por toda la ciudad.

Casi antes de que hubiera caminado un par de pasos sobre la acera, nuestro amigo del «rickshaw» apareció en la calzada, sonriente, a nuestro lado.

—Quizás él pueda indicarnos… —le dije a Kobra mientras le

ayudaba a subir el carrito.

—¿Desean los señores que les enseñe la ciudad?

—Sí. Queremos ver Templos, edificios religiosos… ¿Cuál es la divinidad más adorada en esta ciudad?

—Kali —respondió el guía sin vacilar.

—Lo que ocurre es que no nos gusta ver lo que ven los turistas… preferimos ir a los sitios menos comercializados, más auténticos. ¿Puede ser?

—Vestidos de esa manera, no. Pero yo les ayudaré y los llevaré hasta el «Templo de los Cuerpos Profanados».

Aquello sonaba bien.

El guía, que se llamaba Sangowaal (o algo que sonaba así), nos llevó hasta «Black Town», la ciudad antigua, la más pobre y degradada. Un amasijo de estrechas callejuelas atestadas de gente que nos miraban atónitos al vernos pasar.

Kobra se agarró con fuerza a mi brazo. Ella debía de tener la misma sensación que yo: ser monos de zoológico.

Sango detuvo el «rickshaw» delante de la puerta de una casucha de adobe.

Allí, nos invitó a pasar a su interior.

Lo hice yo en primer lugar.

No había habitaciones: toda la estructura exterior, servía para albergar una sola pieza. En un rincón había un horno en el que debían de cocinar la comida. El suelo se hallaba cubierto por esterillas ocupadas por muchachos de diferentes edades, desde los pocos meses hasta los diez años.

—Mi familia… —dijo Sango, con su sonrisa habitual.

Les dirigí una inclinación de cabeza a modo de saludo.

Unos me contestaron y otros no.

Uno de los chicos, quizá el más mayor, tocaba suavemente la flauta, haciendo bailar a su compás a un par de cobras najas, que erguían sus cuerpos desde el interior de una cesta de mimbre.

Ambas, dejaron de balancearse cuando entré en la casa y clavaron sus ojos en mí, fijamente, sin un movimiento, ni siquiera de la lengua.

—No se preocupe —añadió Sango—. No hacen daño.

Yo, intranquilo, procuré sacarlas de mi mente, dedicándome a la contemplación de los ocupantes de la estancia: casi todos dormían a

excepción del dueño de las serpientes y de su hermano siguiente, que hacía yoga en otra esquina de la habitación. Estaba en la «postura del loto», vestido con un pequeño taparrabos y con los ojos abiertos, fijos en un punto de la pared de enfrente. Ni nos miró cuando entramos en la casa.

—Tengan, pónganse esto… —dijo la voz de Sango, sacándome de mis abstracciones.

«Esto» era un turbante, unos pantalones blancos muy holgados y una camisa muy larga, que me llegaba hasta las rodillas. A Kobra le tendió un vestido rosa y un larguísimo «sari» blanco que debía de enrollar por todo su cuerpo, cubrir el pelo y ocultar su cara.

Comenzamos a desnudamos. De reojo pude ver como el hijo «yogui» de Sango, abandonaba la contemplación de la pared, para fijarse en los pechos de Kobra, mientras un bulto comenzaba a hacer aparición en el «centro del loto».

Sango guardó nuestras ropas en una bolsa que me entregó a mí, y nos acompañó hasta el «rickshaw» que estaba en la calle custodiado por uno de sus hijos.

Había anochecido.

No le aconsejo a nadie que salga a pasear por los barrios hindúes de noche. Los rostros de sus habitantes, que durante el día son francos y abiertos, en la oscuridad se convierten en ojos amenazantes. Sin que nadie hiciera nada contra mí, me sentí tan en peligro, como muy pocas veces me había ocurrido en la vida.

Sango comenzó a correr arrastrando el carrito, mientras nos hablaba:

—Tengo que recomendarles mucha prudencia. El «Templo de los Cuerpos Profanados» es un lugar en el que sólo se admite a los más fieles seguidores de Kali. Si se supiera que yo les he llevado allí, mi vida correría un serio peligro.

Intercambié una mirada con Kobra. Por un azar del destino, parecía que nos dirigíamos en buena dirección. Sin poderlo evitar, mi corazón comenzó a latir con más bríos. Pero no por el miedo, sino por la emoción de la aventura, una sensación que nunca hubiera conocido al lado de Sharon Helton.

—Será necesario que soborne a alguno de los guardas… —prosiguió diciendo Sango—. Necesitaremos algo de dinero…

—¿Cuánto? —pregunté llevándome la mano a la billetera.

—Cien dólares serán bastante… pero no me los de ahora. Espere a bajarse del carro.

Durante todo el rato Kobra no había abierto la boca. Se limitaba a dejarme hacer y contemplar la ciudad.

Sango nos llevaba por callejones cada vez más estrechos y sórdidos. La luna no conseguía traspasar la capa de humo y contaminación que envolvía la ciudad, por lo que la oscuridad reinante era tenebrosa.

Maldije la falta de previsión por no haber traído ningún arma conmigo. La zona por la que transitábamos estaba desierta. Sólo se veía alguna sombra que fugazmente se perdía de nuestra vista doblando una esquina.

Sango detuvo el carrito, nos ayudó a bajar y extendió la mano para recordarme que necesitaba el dinero.

—Iremos andando —dijo por toda explicación—. Ustedes no hablen, para no delatarse.

Le seguimos sin decir palabra. Varias sombras confluían hacia un edificio de dos plantas, con una gran puerta de madera tallada, por la que salía un débil resplandor de luz.

Varios individuos estaban situados a la entrada, con los brazos cruzados, inmóviles, sin más gesto que las pupilas de sus ojos escrutando los rostros de todas las personas que pretendían entrar.

Sango, con habilidad, deslizó el dinero en la mano de uno de ellos que no hizo ningún gesto al vernos entrar.

Se trataba de un santuario pobremente decorado. Las paredes estaban pintadas de rosa y, en el frontal, un gran lienzo representaba una imagen de Kali.

No había más de dos docenas de fieles en cuclillas.

Nada más.

Ni un altar manchado de sangre, ni una puerta que llevase a habitaciones privadas, ni cadenas para atar a las «ofrendas», ni nada de nada.

Un santón, sentado sobre una silla de anéa, recitaba una monótona letanía, incapaz de excitar ni volver loco a nadie.

Después de cinco minutos se levantó y se dirigió a la puerta.

Los fieles hicieron una serie de inclinaciones, se levantaron y comenzaron a salir.

Busqué a Sango con la mirada.

No estaba.

Kobra a duras penas conseguía aguantar sus carcajadas.

Salimos a la calle.

—El viejo truco del turista ansioso de «autenticidad» —me dijo Kobra haciéndome cosquillas.

Yo no dije nada.

Pero Kobra no cesó de burlarse de mí en el largo recorrido hasta el hotel.

CAPÍTULO IV

Dormí muy mal aquella noche. Todo fueron pesadillas. Multitudes de asesinos barbudos con turbantes, se lanzaban sobre mí esgrimiendo armas blancas de todas clases. Me apresaban, me arrastraban hasta una mesa de piedra a la que me encadenaban, y allí, un sumo sacerdote se preparaba para abrirme el estómago en canal. Cuando su puñal se disponía a hundirse en mis carnes, se doblaba, veía que era de plástico y todos comenzaban a reírse de mí.

He de reconocer que, hasta que pisamos la calle, no estuve muy locuaz. Las bromas de Kobra todavía resonaban en mis oídos, y no tenía ganas de seguirla escuchando.

Estuvimos todo el día dando vueltas por la dudad, sin rumbo fijo, persiguiendo fantasmas imposibles. Yo estaba muy enfadado. Por más que lo intentaba, no conseguía averiguar absolutamente nada sobre los demoniacos «Thuggs».

Cada vez que trataba de sonsacar a algún hindú, tropezaba con la misma mirada de codicia, y la frase de que «por unos pocos dólares, me llevarían al sitio donde los seguidores de Kali…».

Kobra, consciente de mi estado de ánimo, se limitaba a ir a mi lado sin pronunciar palabra. Únicamente en una ocasión me dijo:

—Espera un momento.

Y desapareció entre la multitud.

Estábamos en un mercadillo ambulante, en el que la gente vendía infinidad de cosas, que colocaban en unas mesas protegidas del sol por gigantescas sombrillas de paja.

Mientras esperaba la vuelta de Kobra, me dediqué a observar las mercancías en venta.

Había de todo: desde la madera de sándalo aromática, hasta

«auténticas» pieles de tigre a las que se habían olvidado de quitar el letrero de «Made in Korea».

Kobra reapareció con un pequeño monito sobre el hombro.

—Te presento a «Riki».

El bicho, una cosa de medio metro, negra y con unos ojos muy vivos que miraban angustiosamente en todas direcciones, no hizo ningún ademán de tenderme la mano, por lo que yo me limité a decir:

—Hola, «Riki».

El monito llevaba un cinturón del que salía una cadena que iba a parar a la muñeca de Kobra.

—Estarás contenta… ya tienes tu animal —le dije escuetamente.

—Tengo dos animales: éste y tú. Porque no me negarás que hoy estás convertido en una fiera.

No se lo negué. Pero tampoco se lo afirmé. Me limité a seguir caminando por mi particular desierto de desesperanzas.

Llegamos al hotel al anochecer.

Recogimos las llaves y subimos a la habitación sin intercambiar ni una palabra.

—Para mañana… ¿tenemos el mismo programa turístico? —me preguntó Kobra con ironía.

—Sí. Hasta que demos con una pista de los «Thuggs».

—Muchacho, te veo deprimido, creo que necesitas que te animen… —dijo Kobra mientras conectaba el hilo musical.

Debía de ser el canal de música clásica, porque los sones de la 9.a Sinfonía de Beethoven irrumpieron en la habitación.

Nunca hubiera imaginado que una música como aquélla podía servir para hacer «*strip-tease*».

Me tumbé sobre la cama a contemplar a Kobra. El hecho de que estuviera enfadado, no significaba que no pudiera «distraerme» un rato.

La chica era un profesional de tomo y lomo.

Cada una de las notas que compuso el maestro sordo, eran aprovechadas por Kobra en su actuación.

Tardó mucho en estar completamente desnuda y cuando lo hizo, yo estaba en un estado…

Hasta el mono, que se hallaba encadenado a la pata de la silla, hacía lo que buenamente podía para aliviarse de su tensión.

¡No tenía mal gusto el macaco! ¡Para que luego digan que el hombre no desciende del mono!

Kobra estaba en el suelo. Sus movimientos tenían una vaga resonancia a los gestos rituales del yoga, sólo que en su versión de Kamasutra.

Sus rodillas se separaban y volvían a juntar con velocidad mostrándome en fugaces apariciones, la entrada al Paraíso.

Luego se inclinó hacia delante, se tendió boca abajo sobre el suelo, y comenzó a reptar, como una serpiente, hacia la cama.

Mientras trepaba por la colcha, yo me desnudé.

Cuando estuvo a la altura de mis rodillas, su lengua se movió entre los dientes con la misma velocidad con que lo hacen las de las serpientes.

Me incorporé para obligarla a bajar la cabeza hacia mí.

Y, entonces: ¡¡¡FFFSSS!!!

Un mosquito pasó silbando sobre mi hombro. ¡¡¡FFFSSSSSSS!!!

Otro más.

¡¡¡FFFSSSSSSSSSS!!!

Y otro.

Nunca he visto mosquitos en formación.

Y mucho menos que caigan en picado como los «Stukas».

Así que no eran mosquitos.

De un salto me incorporé y, apartando a Kobra, me lancé hacia la ventana desde la que me había parecido que venían los «mosquitos».

Cuando llegué a ella, no pude ver absolutamente nada sospechoso.

Pero comprobé que los edificios más próximos estaban muy alejados, y que la fachada del edificio no tenía ningún saliente que hubiera permitido a alguien acercarse hasta nuestra ventana.

Resumiendo: nadie podía haberme lanzado los «mosquitos».

Volví a la cama bastante intrigado.

Kobra estaba examinando la almohada.

—Son dardos… —dijo mostrándome un pequeño alfiler en cuya parte posterior se veían unas diminutas plumas adheridas. Me señaló la punta mientras decía—: Dardos envenenados.

Sí. Los alfileres estaban bañados en «algo».

No hizo falta que dijéramos de quién se trataba: eran los

«Thuggs».

—Menos mal que te ha entrado la «urgencia» y te has incorporado —dijo Robra—. De seguir tumbado… ¡No lo cuentas!

Aquello me hizo volver a unos minutos atrás. Y mi «dardo» me recordó que tenía un asunto pendiente con Robra.

Nada más empezar nuestro «asunto pendiente» el mono se puso como loco a dar gritos, saltos, palmetazos…

—Ya sé que lo hago bien… —le dije a Robra—. Pero no estoy acostumbrado al público, aunque aplauda tanto como éste. Así que… ¿por qué no lo encierras en el cuarto de baño?

Kobra me obedeció sin rechistar y volvió a la cama tal y como lo había hecho antes, al estilo de la serpiente.

Mi «dardo» se convirtió en una «lanza» y…

Conseguí terminar la función, pero he de reconocer que no fue una de mis brillantes actuaciones. Ya que estuve concentrado en las paredes y el techo de la habitación, buscando una entrada para mi enemigo-lanza-dardos.

Después, como me ocurre siempre, tuve hambre.

Llamé por teléfono para solicitar la cena y un periódico local en inglés.

Kobra permaneció junto a mí, abrazada, hasta que el camarero llamó a la puerta.

—Abre tú, pero espera a que entre en el cuarto de baño… —me dijo la chica mientras saltaba de la cama.

Me anudé una toalla a la cintura y abrí la puerta.

—¡¡¡AAAAAAA AHHHHHHH!!!!!

Era Kobra. Cogí la bandeja a mitad de camino entre los brazos del camarero y el suelo, cerré la puerta de una patada y me dirigí al cuarto de baño.

Kobra lloraba tapándose los ojos con las manos.

Del caño de la ducha colgaba el cuerpo sin vida de «Riki».

No sé si estaba ahorcado con una cuerda elaborada con cerdas de tigre, pero no hacía falta averiguarlo: en el suelo de la bañera estaba la tarjeta de visita de los asesinos.

Una figurita de arcilla representando a la Diosa Kali.

Mientras abrazaba a Kobra intentando consolarla, mis ojos recorrieron el cuarto de baño. No había más que una ventana, Y estaba cubierta por una celosía de madera. Comprobé que estaba

fija, que no podía abrirse.

¿Por dónde había entrado la persona que ahorcó a «Riki»?

Sólo podía haberlo hecho a través de nuestra habitación, y yo había estado como los gatos: con un ojo abierto.

Éste es el tipo de cosas que me ponen nervioso.

Muy nervioso.

Y conozco una buena forma de relajarme.

Kobra también necesitaba una distracción.

Así que, aquella noche, hicimos «doble función».

Cuando terminé, estaba desfallecido de hambre, así que estiré el brazo hacia la bandeja, me apoderé de un sándwich y lo ataqué a mordiscos.

Kobra me imitó.

Después de cenar, nos vino el sueño.

Yo, por pura costumbre, extendí el brazo y cogí el periódico. Me gusta leer antes de dormir. Y como en este viaje no había traído ningún libro…

Desdoblé el periódico para leer las noticias de Reagan, Gorbachov, el Líbano, Sudáfrica…

Pero no.

En primera página, y a cuatro columnas, había una foto de INDIANA JAMES.

Y un texto que decía:

> EL AVENTURERO AMERICANO INDIANA JAMES, LLEGA A CALCUTA CON LA MISION DE ENCONTRAR UN LIBRO ANTIGUO PARA LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MISKATONIK.
>
> SE TRATA DE «LAS INVOCACIONES PROHIBIDAS A KALI», UN LIBRO DEL QUE NO SE SABE QUE EXISTA NINGUN EJEMPLAR.

Le enseñé el periódico a Kobra.

—Oliver Hodgson está en todo. Si tú no localizas a los «Thuggs», él se encargará de que ellos lleguen hasta ti —me dijo sonriendo.

Y tenía razón.

Pero no me gusta que me conviertan en «blanco» para disparos de enemigos invisibles.

Aquella noche también dormí mal.
Aunque en mis sueños no hubo nadie que se riera de mí.

CAPÍTULO V

Kobra se desperezó a mi lado.

A pesar de que conocía todos los detalles de su cuerpo a la perfección, no pude por menos de admirarme ante su visión.

—¿El condenado a muerte tiene algún último deseo? —me dijo pícaramente, mientras apartaba la sábana.

—Sí, que cuando me claven un cuchillo en el corazón, no te salpique la sangre.

Se sonrió ante mi broma.

—¿Algún plan especial para hoy? ¿Algún sitio de la ciudad en el que te gustaría terminar tus días? Hay bonitos jardines de la época de la dominación inglesa, templos suntuosos levantados en honor de toda clase de Dioses…

—¿Conoces a alguien en Calcuta? —pregunté.

—Un par de periodistas especializados en «vida nocturna». Ya sabes, gente que hacía crónica de mis actuaciones artísticas.

—Quizá ellos nos podrían ayudar…

Cogió el listín telefónico, buscó en sus páginas y disco un número.

Dos minutos después habíamos concertado una cita en un Club de moda.

Antes de salir a la calle, cogí uno de los dardos y me lo puse en el bolsillo.

Kobra había decidido que el periodista nos iba a ayudar. Y estaba dispuesta a conseguirlo por todos los medios. Se había vestido a la última moda. Muchas mujeres pensarían que lo que Kobra llevaba puesto encima era un corsé provocador y unos pocos metros de tules transparentes. Ella, por otra parte, estaba convencida de que era un modelo muy actual, muy «Madonna».

El periodista, un tipo vestido con un traje a la «europea», turbante blanco y barba rala, parecía Sandokán después de una noche de borrachera. Propinó dos sonoros besos a Kobra a la vez que sus manos hacían un rápido pero concienzudo análisis de su anatomía.

—No has cambiado nada… —le dijo a modo de saludo.

A mí, me dirigió un breve y desvaído vistazo con un gruñido que lo mismo podía significar «¡Piérdete!», que «¡Hola!».

En las dos primeras frases que dirigió a Kobra dejó muy claro, con indirectas, que el ponía sus conocimientos y nosotros el dinero de la cuenta para pagar su almuerzo: salmón, caviar, ostras…

Respondía a las preguntas sin apartar los ojos del escote de Kobra. Yo estaba empezando a enfadarme: si aquel tipo se había creído que el hecho de contestar a un par de vaciedades sobre los «Thugss» le daba «derecho de pernada» sobre la chica… ¡estaba muy equivocado!

—¿Sabe lo que es esto? —pregunté a la vez que interponía el dardo entre los ojos del periodista y el escote de la chica.

—Sí, lo sabe hasta un niño de tres años: es un dardo. —Replicó sin detenerse en su contemplación más de un segundo.

—Y… ¿Sabes de dónde sale?

—Claro: de una cerbatana —dijo haciéndose el gracioso—. Se introduce el dardo en una de las extremidades, se coloca la cerbatana en la boca, se sopla y… el dardo sale lanzado por…

Mi puño derecho salió lanzado por los aires hasta estrellarse contra su mentón.

—¿Así o más rápido? —pregunté sonriente.

Kobra me miraba con una sonrisa no disimulada.

El periodista, desde el suelo, clavó sus ojos en mí.

—Si crees que ésta es una buena manera para que un amigo conteste a tus preguntas…

—No. Éste es el principio de lo que les espera a los que no son mis amigos, y no contestan a mis preguntas.

Mis palabras surtieron un efecto mágico.

Cogió el dardo y comenzó a estudiarlo con el mismo interés que *Sir* Alexander Fleming miró su primer hongo de penicilina.

—Es un dardo especial… parece como los que se dice que usaban los «Thugss», unos tipos que adoraban a la diosa Kali, la

que…

—Ya sabemos todo eso. Sigue.

—Yo creía que nadie los fabricaba ya, que los «Thugss» habían desaparecido. Posiblemente se trate de una imitación para vender a los turistas. Sí, es eso.

—¿Quieres decir que esto no es veneno? —dije señalando la punta del dardo impregnada de líquido verduzco.

—Casi seguro que no.

Cogí el dardo por la parte no punzante y se lo acerque a la mano del periodista.

—¿Me permites que lo compruebe?

Con su mano izquierda detuvo mi brazo derecho.

—He dicho «Casi seguro que no», no me gustaría morir por culpa de un «casi». De todas formas si me lo dejas puedo hacer que un amigo lo analice y me diga exactamente de que está compuesto.

—De acuerdo quédatelo, tengo más —repliqué.

—Supongo que esta noche tendré los resultados —y volviéndose, muy sonriente a Kobra, añadió—: puedes venir a recogerlos a mi casa después de las ocho.

Salimos del Club un tanto enfadados, después de abonar la factura del periodista.

Deambulamos un rato por la ciudad y, tras comer en un restaurante típico, nos dirigimos hacia el hotel, dispuestos a pasar las horas que faltaban hasta el encuentro con el periodista entretenidos en nuestro juego favorito.

Yo gané la primera «partida» y Kobra me derrotó en las dos siguientes. Cuando terminamos yo era una cosa pálida, desmadejada y sin fuerzas para levantarme de la cama.

Después de ducharse vi que la chica se disponía a vestirse.

—¿Dónde vas?

—Son las siete y media. Tengo que ir a casa de mi amigo a buscar los resultados del análisis del dardo.

—Iré yo —dije reuniendo todas mis fuerzas para saltar de la cama.

—Pobrecito… —dijo ella con falso tono de compasión— tú tendrías que tomarte un vaso de leche calentita con galletas y dormir unas cuantas horas.

—He dicho que voy a ir yo. —Repliqué con un tono que no

dejaba lugar a dudas.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que mi amigo se quiera cobrar sus servicios conmigo?

—¡Qué tontería! ¡Jamás he oído una majadería semejante! ¿Acaso has pensado que le he pegado en el bar por la forma en que te devoraba? Puedes estar segura de que no me molesta en absoluto que un cerdo como ése, pasee sus libidinosos ojos por tus pechos.

Kobra no dijo nada, sonriendo tiernamente se acercó a mí, se abrazó a mi cuello y me besó, mientras murmuraba.

—Me encantan los hombres celosos, me vuelven loca los caballerosos, me gustan los que admiran mi cuerpo y adoro a los que hacen bien el amor. ¡Y tú tienes un diez en cada una de esas asignaturas!

Lentamente fue aflojando el abrazo mientras sus labios comenzaban a recorrer mi barbilla, mi cuello, mi pecho, mi ombligo…

Me ganó otra partida y, además, salí después de las ocho con destino a la casa del periodista.

El tipejo aquel vivía en un típico barrio de gente modesta de cualquier lugar del mundo.

Tanto en Japón, como en África, en Bogotá o en Vancouver, en todas partes se pueden ver barriadas enteras hechas al estilo «caja de zapatos». Sí, esas casas completamente rectangulares, de varios pisos, con ventanas pequeñas… En algunos sitios son construidas para trabajadores, aquí, él que tenía una de esas viviendas, era un afortunado.

La casa carecía de ascensor y en la escalera habitaban varios pordioseros envueltos en mantas. Además, en la entrada, podía verse el rastro último de la digestión de algunas vacas.

Subí hasta la segunda planta y llamé a la puerta del periodista.

No se sorprendió al verme a mí.

Simplemente me invitó a pasar con un gesto de la mano.

La vivienda no era ninguna maravilla: techos bajos, un salón-cocina americana no demasiado grande, del que salían dos puertas. Estaba amueblado funcionalmente: con una mesa abarrotada de papeles y periódicos, un sillón confortable, unas librerías bien provistas de libros… y un cubitera de hielo con una botella de *champagne* en una mesita próxima al sillón.

No pude por menos de sonreír al verla. Y señalándola con el dedo dije:

—¿Esperas alguna visita? Seré rápido y me iré.

—Te esperaba a ti, precisamente a ti. Sabía que no la dejarías venir —me contestó.

Después se acercó a la cubitera, cogió la botella y la descorchó. Sólo sirvió una copa, que alzó hacia mí, a la par que decía:

—Por tu muerte… ¡Perro!

A la vez que me insultaba, oí abrirse una puerta a mis espaldas.

Frente a mí, también se abrió la otra puerta.

Y, en ambas, había un par de tipos que me sonreían con sus bocas y me apuntaban con sus revólveres.

—Muy buen trabajo Rasshid —le dijo uno de ellos al periodista —. Te has ganado tus mil dólares.

El periodista bebió un sorbo de *champagne* y, mirándome a mí, se encogió de hombros y dijo:

—Ellos te querían encontrar a ti. Tú querías encontrarlos a ellos. Yo sólo tenía que poneros en contacto y cobrar de el que mejor pagase… Y han ganado ellos. En resumidas cuentas: quien más paga es el que tiene la pistola.

Sonreí. Alcé las manos en un gesto franco, a la vez que decía:

—Soy buen perdedor.

Mis manos se agarraron a la lámpara que colgaba del techo.

—Pero… ¡Todavía no he perdido la partida! —dije a la vez que me columpiaba en la lámpara para lanzarme sobre uno de los «Thugss».

Era una vivienda barata.

La lámpara se vino abajo, arrastrando consigo un trozo de techo de escayola.

Aquello me salvó la vida.

Los disparos de los «Thugss», pasaron por donde yo había estado unos segundos antes. El primero fue a incrustarse en la pared, sobre la cabeza de uno de los pistoleros. El otro destrozó la copa de *champagne* en la mano del periodista, que se puso a chillar histéricamente.

—¡Que no escape! —dijo el que estaba a mis espaldas, mientras yo saltaba hacia su compañero—. Shairaj no nos lo perdonará.

Después de ver el resultado de disparar en una habitación tan

pequeña con cuatro hombres dentro, los dos «Thugss» se volvieron prudentes con sus armas.

Fue mi ocasión. Derribé la estantería de los libros sobre uno de ellos, y salté sobre el otro.

Estrangulando tienen buena fama. Degollando, también. Pero su dieta vegetariana los hace inadecuados para un peso pesado como yo.

Un puñetazo por este lado de la cara.

Uno más por el otro lado, para que no tenga envidia y…

Como un torrente de agua, un par de docenas de «Thugss» irrumpieron en la habitación.

Si no me estrangulaban, por lo menos conseguirían asfixiarme.

En un caso así sólo se puede hacer una cosa: abrir la ventana.

Y saltar por ella.

Sólo era un segundo piso, así que aterricé pronto. Antes que los «Thugss», que caían al suelo en revuelta confusión.

Uno de los primeros fue el que había tenido frente a mí, en casa del periodista. Antes de salir corriendo, se volvió hacia la ventana y gritó:

—Llama a Benraés y cuenta a Shairaj lo que ha sucedido.

BENRAES Y SHAIRAJ.

Ya tenía mis dos pistas hacia lo desconocido: lugar, BENARES, y protagonista, SHAIRAJ.

Ahora sólo tenía que correr más rápido que mis perseguidores.

Y mientras lo hacía, maldije mil veces los esfuerzos que Kobra me había obligado a realizar aquella tarde; mis piernas parecían cargadas de plomo, y mi corazón resonaba como un tambor de guerra de los Watussi.

Así que la persecución no fue nada espectacular.

No derribé carros cargados de fruta, ni vendedores cargados de bultos, ni toldos de lona sobre las cabezas de mis perseguidores.

Me limité a sacarles un poco de ventaja, doblar una esquina, parar un taxi y pedirle que me llevara al hotel.

Ya sé que esto no queda muy aventurero, pero fue así.

CAPÍTULO VI

Media hora después salíamos en avión para Benarés.

Cada día estoy más convencido de que un montón de novelistas han cobrado una sustanciosa suma de dinero para convencer a la opinión pública de que los viajes en avión son más veloces que cualquier otro sistema.

El viaje, propiamente dicho, es rápido. Pero… ¡Vayan sumando! Sólo que hay que emplear tres cuartos de hora en llegar al aeropuerto. Quince minutos más en sacar la tarjeta de embarque. No olvidemos, la «hora de antelación». Media hora en subir al autobús, hacer «*rallies*» por las pistas, subir al avión, apagar el cigarrillo, abrocharse el cinturón, esperar la orden de despegue…

Y, a la llegada, igual: un cuarto de hora de espera en el avión, media hora de carreritas en autobús por la pista, una hora esperando el equipaje, y tres cuarto de hora más hasta que llegas a la ciudad.

Total que un viaje de una hora, puede tener cinco horas de prólogos y epílogos.

Si Calcuta nos había impresionado por su pobreza, Benarés no le iba a la zaga. Todo lo que se diga sobre esta ciudad es poco.

Según dicen los hindúes en la actualidad «cuando Roma y Atenas comenzaban a plantar sus primeros cimientos, Benarés ya era historia».

Como todas las ciudades de la India, es una mezcla de restos arquitectónicos de la época colonial inglesa, algunos nuevos edificios y unos cuantos millones de viviendas habilitadas sobre la marcha: zaguanes de casas, bajos de carritos, chabilas de cañas, tuberías, coches abandonados…

El guía que contrató Kobra se ofreció a llevamos a «un buen

hotel para turistas».

El precio hacía honor a la descripción del guía. El lujo y las comodidades también. Su emplazamiento era bueno: estaba cerca del Rió Ganges, cerca de los «ghats», las famosas escalinatas que llevan a los fieles hasta sus aguas.

Pero tenía un problema.

Un gran problema.

Uno de los «ghats» próximos era el de manikarnika, el lugar donde los fieles hindúes queman a sus muertos antes de arrojarlos a las aguas del «padre Ganges».

Abrir la ventana del dormitorio que nos adjudicaron era como entrar en la trastienda de la más fétida hamburguesería del Bronx neoyorquino.

Adivine que en Benarés íbamos a trabajar de lo lindo. Si cada vez que volvíamos a nuestra habitación nos esperaba este hedor, estaba seguro de que íbamos a pasar muchas horas en la calle.

Nos duchamos a toda velocidad, ríos pusimos una ropa recién sacada de la maleta pero que ya olía a «filete poco hecho», y nos dirigimos hacia la calle, en busca de una pista de Shairaj.

Toda la ciudad es un gigantesco «*puzzle*» de estrechas callejuelas, en las que la gente se esfuerza por apretarse unos a otros.

Intentar desplazarse en coche, moto o cualquier otro vehículo motorizado, excepción hecha de un tanque, no pasa de ser un sueño, ya que los pocos espacios no ocupados por seres humanos, lo son por las vacas.

Benarés recibe cada año unos cuantos millones de peregrinos que arrastrando su pobreza, vienen a cumplir su visita a la «Ciudad Sagrada».

Tal concentración de ingenuos campesinos, atrae inevitablemente una buena colección de «vividores»: falsos santones, adivinadores del futuro, quiromantes, astrólogos…

Además de pordioseros, leprosos, cojos, mancos y tullidos de diferentes especies que confían que el «éxtasis religioso» de los peregrinos ablande su corazón y su cartera.

Kobra ya había estado en Benarés (¿Dónde no habría estado aquella chica?) y conocía a un periodista que…

—Déjalo Kobra, es más barato y más seguro preguntar al botones del hotel. Seguro que con unos dólares de propina

obtendremos sus respuestas.

Me acerqué a uno de ellos, mientras Kobra me espera en el bar, y le consulté.

Me costó quince dólares, pero el chico se brindó a ofrecernos a su hermana Shata como guía. Y mientras me lo decía sonreía malignamente. Quedó en que la chica se reuniría conmigo en el bar, en menos de media hora.

Así que volví junto a Kobra y dije:

—Asunto resuelto. Una indígena de confianza nos acompañará por la ciudad. Dentro de media hora estará aquí. Primero le diremos que nos enseñe el Templo de Annapurna, que está consagrado a Kali…

Una vez completa la lista de sitios que deseábamos visitar, Kobra subió a la habitación para coger el desodorante y el frasco de perfume mientras yo me instalaba en la barra del bar, dispuesto a esperar a las dos mujeres, es decir, a esperar mucho rato.

Shata no era el tipo de guía que yo estaba esperando.

Iba vestida con un «sari» de color naranja, casi transparente, que dejaba muchas partes de su cuerpo al desnudo y que permitía adivinar que, bajo el, no vestía ningún otro tipo de prenda. Era morena con unos increíbles ojos negros y profundos, y unos gruesos labios carnosos que, al sonreír dejaban ver una perfecta dentadura.

Caminó hacia mí a lo largo del bar, con pasos ágiles y felinos, que hacían bailotear alegremente sus pechos.

—¿El señor James? —dijo al llegar junto a mí, apoyando su mano derecha en mi muslo.

—Si… Eh… Hola Shata.

Justo antes de que pudiera apartar su mano de mi muslo y decirle que yo necesitaba un guía turístico y no una traductora del Kamasutra, Kobra hizo su aparición en el bar.

Se acercó a nosotros estudiando la bonita figura de la chica, y con una mirada que no me gustó en absoluto.

—Bonita guía… —dijo sonriendo malignamente.

Shata se volvió. En pocos segundos sus ojos recorrieron la también bonita figura de Kobra. Después se giró hacia mí, sonriendo y dijo:

—¿Seremos tres? ¡Maravilloso! Me encantan los vicios occidentales…

—No, no… —me apresuré a interrumpirla—. No es lo que crees… Yo sólo quiero que me enseñes…

—Ya. Ella y yo nos lo tenemos que montar mientras tú miras —me cortó—. Okey. No hay problema, aunque te costará un poco más…

Los demás clientes del bar debían de estar muy acostumbrados a este tipo de conversaciones, ya que nadie nos dirigió ninguna mirada especial.

—No, no es eso. Lo que yo necesito es una guía turística, que nos lleve al Templo de Annapurna, al Templo de Oro… —intenté aclarar.

Nos miró sonriente a los dos.

—¿Hacerlo allí? —preguntó con una mirada inocente—. Eso es más caro, porque si nos ven los guardas…

—¡No! —le interrumpí bruscamente, mientras Kobra no cesaba de reír—. Sólo queremos que nos lleves a ver determinados sitios de Benarés…

—No la necesitamos —dijo Kobra—. Nos podemos apañar perfectamente nosotros solos…

—No —replicó Shata—. Yo he cobrado una cantidad y debo de trabajar por ello.

—Puedes quedártela, no te necesitamos. —Cortó Kobra.

—De ninguna manera, yo no recibo dinero…

Estuvieron casi un cuarto de hora discutiendo.

Shata recordaba una de las actuaciones de Kobra en Nueva Delhi, lo que alagó a mi amiga. La hindú también quería ser «artista», y «cualidades» no le faltaban, pero según afirmaba, no bailaba también como Kobra.

—Nunca seré tan buena como tú.

—Claro que sí. Sólo es cuestión de practicar.

—Me enseñaras…

—Sí. Podríamos hacer algún número juntas. Tienes un cuerpo muy bonito. Además tú eres morena, yo rubia…

Media hora después eran buenas amigas.

Salimos a la calle dispuestos a dar con Shairaj. Por el camino Shata nos explicó que en Templo de Annapurna no pasaba de ser una atracción para los turistas.

—Los auténticos «Thugss» tienen otros santuarios. Son lugares

bastantes ocultos, prohibidos, a los que los occidentales no pueden entrar.

—¿Sabes dónde están? —pregunté.

—No. Pero conozco a quién sí lo sabe.

Quedamos en encontrarnos después de comer, en el hotel, Shata fue en busca de información, mientras Kobra y yo nos dedicábamos, como dos turistas, a pasear por Benarés.

Si ustedes odian la contaminación de su ciudad, es que nunca han estado en ésta. El olor a carne quemada es obsesivo. Todo está impregnado de él. En el «ghat» de Manikarnika, los «cremadores» de cadáveres no daban abasto con su trabajo.

Los «fiambres» ricos eran depositados sobre suntuosos túmulos de madera de sándalo, que amortiguaba en algo el olor del cadáver. Pero los más pobres tenían que contentarse con unas pocas astillitas de madera, un ratito en la «parrilla» y una veloz caída al río para dejar sitio al siguiente. Es la ley de la Oferta y la Demanda.

Curiosamente todas las calles de Benarés parecen ir a desembocar en el río. Por más vueltas que se dé, siempre se termina con el agua delante de ti.

Un agua por la que descienden abundantes cadáveres únicamente chamuscados. La gente se baña en estas «Aguas Sagradas». Y cuando digo gente, también me estoy refiriendo a los enfermos de cólera, tuberculosis, lepra, tifus… Sin olvidarnos de las vacas, que acuden a las aguas del río a mitigar el calor.

¿Se atreverían ustedes a darse un baño en esta «piscina»?

¿No?

Pues los hindúes, con gran devoción, llenan sus vasijas con este «coctel de microbios» se lo beben con cara de éxtasis, y no caen fulminados en el acto.

Incluso hay turistas que afirman que los pescados del Ganges son los más sabrosos de toda la India. Yo no he llegado a comprobar este extremo.

Shata llegó cuando estábamos tomando café.

Traía una bolsa de viaje colgada del hombro y su vestido se había vuelto menos sugerente.

—Esta noche los «Thugss» se van a reunir en uno de sus Templos de la Muerte…

—¿Qué es eso? —pregunté yo.

La chica miró sobre su hombro, para comprobar que nadie nos escuchaba, antes de atreverse a hablar.

—Son los templos que utilizan en las grandes ocasiones; cuando se disponen a celebrar algún ritual de sangre, cuando viene a dar un sermón alguno de los «shadús» de las montañas…

—¿Que es un «shadú»? —pregunté en voz baja.

—Son los sacerdotes. Gente que vive en las faldas del Himalaya, que han hecho renuncia de todos los bienes terrenales. Viven como ermitaños, casi sin comer, dedicados a la meditación, y un buen número de ellos hacen penitencias muy severas…

Yo pensaba que no había mayor penitencia, ni más grave, que bañarse en éste rió y hacer, después, gárgaras con sus aguas. Pero parece ser que había cosas peores. Se sabía de un santón que se había quedado ciego por mirar al sol sin pestañear, durante veinte años. Otro llevaba colgando de su pene una piedra de diez kilos… desde hacía más de quince años. Otros permanecían con los puños cerrados y sus uñas, al crecer, les atravesaban la carne… ¡En fin, se pueden imaginar el resto!

Shata seguía hablando de la reunión de esta noche.

—Se van a encontrar en el «Templo de la Idea Ausente». Es un lugar que se halla situado en los sótanos de un templo de locos.

—¿De un sanatorio siquiátrico? —pregunté yo, inocentemente.

—No. Es un templo que hay en las afueras de Benarés. Algunas familias, cuando tienen un loco entre sus miembros, lo abandonan allí. Muchas personas acuden a ellos para llevarles comida, ropas… Están abandonados, pero se les cuida.

—¿A qué hora será la ceremonia?

—Cien minutos después de la puesta de Sol.

—¿Podremos entrar?

—No.

Fue entonces cuando decidí que entraría.

Pasamos la tarde tiñéndome el pelo de negro.

Tanto Kobra como Shata, se negaron en redondo a acompañarme a mi aventura.

—Si te descubren… eres hombre muerto. —Repetía una y otra vez la hindú.

—No creo que lo que te paga Oliver Hodgson te compense, si tienes que correr estos peligros… —intentaba convencerme Kobra.

—¿Cómo se puede explicar que he arriesgado la vida en cosas que no me apetecía sin que nadie me pagara por ello?

¿Cómo se puede explicar que iba a hacer aquello, no por dinero, sino porque sentía mucha curiosidad por los «Thugss», Kali y su condenado libro?

¿Cómo se puede explicar que salí de mi habitación, en el preciso instante en que una impresionante rubia, empezaba a explicar a una impresionante morena, la mejor manera de desnudarse excitando?

No se puede explicar.

Hay que sentirlo.

CAPÍTULO VII

Shata me había sugerido que su hermano podría acompañarme, previo pago de una importante cantidad, al «Templo de la Idea Ausente».

Él se negó.

Tuve que hacer aún más importante la cantidad ofrecida, para vencer su negativa, que no su miedo.

Yo, antes de salir, había tomado la precaución de convertirme en propietario de un impresionante «Magnum» de seis disparos.

Fuimos hasta las afueras de Benarés en un «rickshaw» de otro hermano de Shata. Allí tomamos un taxi hasta las cercanías del «Templo de la Idea Ausente» guiado por otro hermano, otro más había sido el que me vendió el arma… Por un momento llegué a pensar que todo Benarés era hermano de Shata.

Pero no. Simplemente habían decidido que si había que «ordeñar» mi cartera, podían hacerlo en familia.

El taxista comenzó a mostrarse más nervioso conforme nos íbamos acercando al templo. Terminó por abandonamos más lejos de lo previsto.

Hicimos el camino que nos faltaba a pie.

Un gran número de personas caminaban hacia el templo: hombres mujeres, niños, ancianos…

—Son familiares de los locos —me explicó el botones—. Una vez terminada su jornada acuden a llevarles algo de comida o a pasar un rato con ellos.

La noche era bastante cerrada y caminábamos por medio de campos cultivados. No había iluminación y la única luz de que disponíamos eran las antorchas que portaba la gente que caminaba a nuestro lado.

Tanteé la culata de la pistola, camuflada entre mis ropajes hindúes, para darme seguridad.

La silueta del templo se podía ver gracias a las teas encendidas de los visitantes.

Era fantasmagórico. Una casa de construcción barroca y desordenada, de tres pisos. Todas las fachadas estaban llenas de figuras danzantes unas, haciendo obscenidades la mayoría.

Las ventanas carecían de cristales y en algunos de sus alféizares, podían verse personas de errática mirada, o gestos compulsivos.

Todo el edificio estaba rodeado por un foso de unos diez metros de ancho y cinco de profundidad.

Allí, los locos se acercaban al muro exterior cuando distinguían a algún conocido o pariente. Éstos les hacían bajar la comida en unas cestas de mimbre que descendían con cuerdas y recuperaban nada más vaciarse.

Era frecuente que algún loco intentase apoderarse de la comida de otro, lo que provocaba una pelea, que afectaba al estado anímico de los demás.

Algunos comenzaban a gritar. Otros permanecían absortos en sus pensamientos, con la mirada perdida en algún punto desconocido.

Cuando terminaba el alboroto, el silencio era sobrecogedor. Los familiares de aquéllos despojos los contemplaban sin decirles nada. Los locos permanecían en el mismo silencio, excepto los que rasgaban el agobiante silencio con algún gemido agónico.

—¿Por dónde se entra? ¿Habrá algún control? —le pregunté al botones.

—No lo sé, no soy Thug. Sólo espero ver algo que me de una pista. Quizá hay alguna entrada no muy lejos de aquí. Una puerta en medio del campo que, por medio de un túnel, conecte con el sótano del templo…

Si era eso, no conseguiríamos entrar jamás.

Bruscamente, los familiares de los locos, comenzaron a recoger sus pertenencias y fueron alejándose hacia la oscuridad que nos rodeaba.

—¡Que extraño! —murmuró mi acompañante—. Tenía entendido que algunos pasaban aquí toda la noche…

—¿Que hacemos? —pregunté yo, al ver que nos estábamos

quedando en solitario.

—Creo que lo mejor será irse.

—No hemos venido para esto —contesté yo, defraudado.

—Será mejor que nos alejemos con la gente. Luego nos escondemos entre los matorrales y vemos lo que sucede…

Aunque no me convencía mucho, no encontré nada mejor, así que nos unimos a la furtiva caravana.

Nos ocultamos en un cañaveral situado a unos cien metros del templo, que había sido completamente abandonado de visitantes y la noche había vuelto a caer sobre él.

Pasó un buen cuarto de hora en el que no sucedió nada.

Yo estaba intentando convencer al botones de acercarnos al templo para «dar un vistazo» cuando, desde los oscuros campos comenzó a llegar hasta nosotros una rítmica cantinela.

De entre los campos, y casi de una manera sobrenatural, comenzaron a surgir unas hileras de personas. Casi todas ellas ataviadas con turbantes y vestidos a la manera hindú, aunque no iban uniformados. Lo único común a todos ellos era que llevaba el rostro cubierto. La gran mayoría lo hacían con un pañuelo que les cubría boca y nariz, al estilo de los «cuatreros del oeste». Aunque había algunos que llevaban un extremo del turbante cruzado bajo los ojos, y otros iban encapuchados.

De entre los matorrales seguían saliendo nuevos «Thugss» que se integraban en las hileras de hombres en marcha hacia el templo.

Sin esperar las instrucciones de mi acompañante, me anudé un pañuelo a la nuca, tapándome la cara, y le obligué a hacer lo mismo.

El pobre botones temblaba como una barquichuela en medio de una tempestad. Sin dignarme discutir con él, le coloqué su pañuelo, y lo arrastré hasta la hilera más próxima.

Nadie se fijó en nosotros.

Cuando me acerqué a los «Thugss» vi que marchaban como un disciplinado ejército de «zornbis», con la mirada fija en el horizonte, sin reparar en lo que les rodeaba.

Al llegar junto al foso del templo comenzaron a saltar dentro de él.

Los locos, que no debían de serlo tanto como se suponía, se refugiaron en las paredes, mirándolos con horror.

La imagen me recordó a los monos de los zoológicos que, cuando se acerca el jefe de la manada, retroceden asustados.

Los locos procuraban no inferir en la diabólica procesión.

Mi columna se fusionó con la cola de otra y, casi en formación militar, nos adentramos en el «Templo de la Idea Ausente».

No sólo las ideas estaban ausentes de su interior. También lo estaba la sanidad, la higiene, la limpieza.

Aquellos pobres seres que nos observaban con gesto aterrorizado, habían sido abandonados a su suerte. Las visitas de sus allegados, no pasaban nunca del foso, por lo que en el interior del templo era donde más abandonados estaban.

Los que marchaban a la cabeza de la formación, se adentraron hasta una de las grandes naves. Al llegar a su centro alzaron unas pesadas losas y dejaron al descubierto un túnel con unas escaleras que se hundían en el vientre de la tierra.

Uno de ellos apareció con un fajo de antorchas que fue encendiendo y dando a algunos de los que marchábamos en formación.

Nuestros pasos, al comenzar a descender por las escaleras, retumbaban en el silencio del edificio y se acoplaban, perfectamente, a los cánticos demoníacos que cada vez iban adquiriendo mayor intensidad.

Para mayor seguridad había hecho que mi acompañante fuera delante.

Sólo por «seguridad», por tenerlo controlado, o saber que no iba a escapar dejándome abandonado en aquella maligna reunión.

Lentamente fuimos descendiendo, durante mucho tiempo, por aquellas escaleras. Nuestros cantos y pisadas, arrancaban ecos de las milenarias piedras que forraban el túnel, convirtiéndose en un rugido ensordecedor.

No me extraña que «los de arriba» estuvieran locos. Si habían oído aquello muchas veces…

Por fin llegamos a la estancia de la celebración.

Pensar que bajo tantos metros de tierra, podía existir algo como aquello, es una cosa que todavía me pone la carne de gallina.

Se trataba de una explanada que me atrevería a calificar de infinita. Cada varios metros una columna sustentaba el pesado techo de piedra.

Mirase hacia donde mirase, miles de columnas me rodeaban.

El suelo hada una suave pendiente hacia el centro del gigantesco salón. Toda la estancia parecía converger hacia el centro, como si tratase de un sumidero.

Disimuladamente lanzaba miradas a mi entorno, y así pude ver como otras formaciones de «Thugss» confluían hacia el centro, por lo que deduje que debía de haber varias entradas.

Era muy difícil de calcular, pero allí dentro debíamos de estar muchos miles de personas, muchos miles de fanáticos, muchos miles de locos abandonados a la única razón de Kali, la Diosa de la Muerte.

Caminamos durante mucho rato hasta situarnos cerca del centro.

Miles de «fíeles» nos arracimábamos, hombro a hombro, sin dejar espacio físico ni al aire.

Los cánticos diabólicos iban aumentando de intensidad, creando un ambiente obsesivo, hipnótico.

Afortunadamente el pañuelo que me cubría la boca impedía que mis compañeros pudieran ver que yo no sabía pronunciar los gritos guturales que ellos repetían monótonamente una y otra vez.

Aunque nadie reparaba en mí, me sentía inseguro por no poder gritar como ellos.

Aún ahora, pasado algún tiempo, aquellas palabras resuenan en mis oídos, provocándome la misma sensación de terror inaguantable:

> ¡¡¡Aliah khain garahú Nyarlathotep!!!
> ¡¡¡Aliah khain garahú Yog-Sothoth!!!
> ¡¡¡Aliah khain garahú Azathoth!!!
> ¡¡¡Aliah khain garahú, Cthulhu, CTUHULHU, CTUHULHU!!!

—No sé si las palabras que pronunciábamos se escriben así.

Pero sé que suenan de esta manera.

Nunca podré olvidarlas. Por muchos años que viva, siempre resonarán dentro de mí en las noches de insomnio, en los momentos en que la muerte se halle cerca de mí.

Y estoy completamente seguro de que, en el momento en que

fallezca, mis oídos sólo escucharán estos cantos malditos, inhumanos, malignos.

Bruscamente, en el centro de la habitación sin límites, surgió una columna de humo de olor áspero.

He visto muchas veces, como los magos de circo hacen lo mismo, pero en aquella ocasión no fue un truco para embaucar al público.

Aquel humo provenía del centro de la tierra, del olvidado, vivo y palpitante corazón de nuestro viejo planeta.

Y lo que vi cuando el humo se disipó, casi no soy capaz de expresarlo con palabras.

Tanta era su maldad, tanta su capacidad de provocar el horror y el masco, que mis dedos se niegan a pulsar tas teclas necesarias para describirlo.

Pero lo intentaré.

CAPÍTULO VIII

Del suelo parecía haber brotado un altar de piedra, de forma circular, abarrotado de bajorrelieves en sus lados: Figuras esculpidas en la piedra, que representaban a bestias malignas y a seres humanos, realizando las mayores depravaciones que pueda imaginar la más enferma de las mentes.

Sobre el altar, dos seres vivos.

Uno de ellos era un anciano de largas y sucias barbas grisáceas, completamente desnudo, con toda su piel cubierta de llagas purulentas. Tenía los ojos cerrados pero, a pesar de ello, todos nos sentíamos amenazados por su vista.

Junto a él, un ser diabólico que se retorcía flotando a un par de metros del suelo.

Su cuello y cabeza parecían ser los de una vaca, aunque a cada lado poseía tres cuernos que se agitaban como un manojo de serpientes.

De su boca sobresalía una lengua bífida.

El cuerpo recordaba vagamente al de un lagarto escamoso. Aunque todo él estaba surcado por rayas como las del tigre. Tres colas azotaban con fuerza el aire, siseando diabólicamente.

Todos los presentes parecían haber caído en trance. Busqué con la mirada al chico que me había traído hasta aquí.

Empezaba a intranquilizarme cuando lo divisé a unos metros de distancia, no muchos. Pero con toda la cantidad de personas que nos rodeaban podía ser una difícil tarea llegar hasta él.

Los Thuggs seguían atentamente las evoluciones del santón subido en el altar. Yo, procurando no hacerme notar, me fui desplazando hacia el botones del hotel, en cuyos ojos podía leer una muda petición de ayuda.

Primero un codo… luego el hombro… un desplazamiento hacia la derecha… otro codo… la pierna…

Con la misma cautela y precaución que se remueve una persona semienterrada en arenas movedizas, así iba yo, ganando terreno centímetro a centímetro.

Cuando llegué junto a él todo mi cuerpo era un tempestuoso mar de sudor. Las personas que estaban en el demoníaco salón, sudaban sin cesar. Algunos de ellos, babeaban. Todos tenían los ojos inyectados en sangre y gritaban sin cesar, en respuesta a las preguntas del santón.

Me situé a la espalda del botones. Y, rápidamente, la gente volvió a estrujarnos. Entonces, cuando mi boca estuvo cerca de su oído, le murmuré:

—¿Qué está sucediendo?

—Shairaj… —dijo en un tono de voz apenas audible.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Aquel individuo capaz de apoderarse de miles de personas, aquel hombre diabólico con poder de traer a la tierra las más malignas de las criaturas, aquel horrible ser que alcanzaba a ver en nuestro interior… ¡Aquél era mi enemigo!

Me desplacé hasta situarme delante de él botones, para permitirle hablar en mi oído con más facilidad, sin ser visto.

—Sigue… —le rogué.

En aquel momento se hizo un silencio en la majestuosa sala en que nos hallábamos.

El monstruo se había situado sobre Shairaj, flotando a unos pocos metros por encima de él, y permanecía quieto.

El anciano comenzó a hablar con lentitud y suavidad.

Sus palabras, aunque yo no podía comprenderlas, herían mis oídos.

Las maldiciones que salían de su boca, iban aumentando de tono, de ritmo, de fuerza, creando un ambiente opresivo y maligno.

Todos sus seguidores comenzaron a chillar histéricamente.

—Está hablando de un extranjero… «forastero» le llama… venido de más allá de los mares para profanar los pensamientos de Kali, para turbarla en su sueño de mil siglos…

Estaba muy claro que el «forastero» era yo.

Miles de puñales brotaron de la nada. Miles de puñales

enarbolados por manos fanáticas. Se trataba de unas dagas plateadas, de mil brillos, y de filo sinuoso como el recorrido de una serpiente.

Todos comenzaron a gritar a coro:

¡¡¡Shairaj misla atar!!!
¡¡¡Shairaj misla atar!!!
¡¡¡Shairaj misla atar!!!

No hacía falta que el botones tradujera lo que gritaban, pero lo hizo:

—No es hindú. Se trata de un dialecto hoy en desuso, el «primigetani». Conozco lo suficiente de él como para saber que están gritando: SHAIRAJ QUIERE LA SANGRE DEL FORASTERO.

¡¡¡Cthulhu unda atar!!!
¡¡¡Cthulhu unda atar!!!
¡¡¡Cthulhu unda atar!!!

—Cthulhu beberá su sangre… —siguió traduciendo.

—¿Quién es Cthulhu? —pregunté sorprendido.

—No lo sé. Quizá se trate de algún nombre de Kali, que solamente usan los iniciados…

Rítmicamente, todos los fieles comenzaron a golpear el suelo con sus pies. El sonido era enloquecedor, transmitía fuerza a los que lo provocaban… y terror incontrolable a los que sólo lo escuchaban… como yo.

En aquel momento comprendí porque todos los ejércitos del mundo hacen marchar a sus soldados en formación. El botones y yo no tuvimos más remedio que unimos al Batallón de los Infiernos y pateamos el suelo con rabia.

Yo no quería averiguar nada más. Sólo pensaba en huir de aquel Templo de lo Maldito, de lo Prohibido, de lo Oculto. El terror que se reflejaba en los ojos de mi acompañante indicaba, perfectamente, que él pensaba en lo mismo.

Pero no podíamos alejarnos de allí. En primer lugar nos lo

impedía la multitud que estaba estrujándonos en aquel momento. En segundo… si realizábamos algún movimiento al margen de aquella horda enloquecida… nos señalaríamos como intrusos, como profanadores…

El botones y yo nos esforzábamos por imitar los movimientos y gritos de la gente que nos rodeaba. Durante media hora bailamos, gritamos, saltamos y aullamos en aquella bestial ceremonia maligna.

Sin detenerse ni un solo segundo, la multitud se agitaba frenéticamente al ritmo de las palabras de Shairaj. Por último, y obedeciendo a un gesto de sus manos, todos los danzantes se paralizaron. La estancia quedó inundada por los gemidos que salían de aquellos exhaustos cuerpos al borde del colapso.

El monstruo que se había contorsionado sobre la cabeza del santón, comenzó a transformarse tal y como lo hacen las figuras de los dibujos animados. Palideció y cambió de color. Sus formas fueron haciéndose neblinosas e invisibles… hasta transformarse en un rostro. ¡¡¡EN MI ROSTRO!!!

Afortunadamente, el pañuelo cubría mis facciones. Los ojos del botones se clavaron en mí con terror, como si todavía no se hubiera dado cuenta de que yo era el fin último de aquella reunión.

Todos volvieron a gritar:

¡¡¡Shairaj mida atar!!!
¡¡¡Shairaj tnisla atar!!!
¡¡¡Cthulhu unda atar!!!
¡¡¡Cthulhu anda atar!!!
¡¡¡Atar!!! ¡¡¡atar!!! ¡¡¡atar!!!
¡¡¡Cthulhu ganga!!!

—Ctulhu es la vida —puntualizó mi asustado guía.

De la boca del santón emergió una lengua de fuego. Pero no se trataba de una de aquellas llamaradas potentes y rápidas que exhalan los faquires. Ésta transmitía una malsana sensación de fuerza y poder. La llama creció durante unos segundos hasta alcanzar el techo, y allí, se fue desparramando por toda la estancia, envolviéndonos, rodeándonos, haciéndonos presos de aquel fuego

abrasador e inextinguible…

A toda velocidad, la lengua se recogió sobre sí misma, tras engullir la imagen de mi rostro, y se hundió en la boca del santón, igual que una bañera se vacía por el desagüe. Y también el santón desapareció.

Los «thuggs» tardaron unos segundos en reaccionar. Sus ojos seguían fijos en el lugar que antes había ocupado el altar de piedra. Después, comenzaron a desfilar desordenadamente hacia la salida. Rápidamente el botones y yo nos unimos a ellos.

Sus cuerpos, cansados por la brutal ceremonia se movían lenta y cansinamente, pero sus ojos no habían perdido ni un ápice del odio con que habían brillado en el momento álgido de su encuentro con el Mal.

Cuando ascendimos por la escalera en busca del mundo exterior, mis pulmones notaron la pureza del aire. Aquello que al atravesar el «Templo de la Idea Ausente» me había parecido fétido, ahora alegraba mi espíritu, como si en «Lo Profundo» sólo hubiéramos estado respirando los aires corruptos de un Dios Maligno.

Los locos, al vernos resurgir, se arracimaron en una esquina, protegiéndose unos a otros con sus cuerpos temblando como un rebaño de corderos asaltados por una manada de feroces lobos.

En silencio, la macabra procesión fue escalando las paredes del foso que circundaba el templo de los locos y todos los «thuggs» se fueron perdiendo en las sombras de la noche.

A pesar de que estábamos solos, ni el botones, ni yo nos atrevimos a desprendemos de nuestros pañuelos. Y cuando nos hubimos alejado unos centenares de metros del templo, comenzamos a correr de una forma febril, demente, agotadora…

Como si cada uno de nuestros pasos pudiera alejarnos de aquello que acabamos de abandonar, como si eso fuera posible.

Durante toda la carrera hasta Benarés sentí que nunca podría olvidar lo que había visto, lo que había oído… lo que había sentido.

CAPÍTULO IX

Cuando, por fin, llegué al hotel, el botones no estaba conmigo.

No podría decir en qué momento de mi alocada huida lo perdí. Ni siquiera sé si yo le adelanté o fue él quien lo hizo.

Sólo sé que atravesé el *hall*, me introduje en el ascensor y aporreé la puerta de mi habitación hasta que Kobra, acudió a abrirme.

—¡¡¡Indy!!! ¿Qué demonios te ha sucedido?

Sin responderle, me acerqué a la cama y me dejé caer sobre ella. Shata, que estaba sobre la cama, se despertó y me miró horrorizada. El espejo del armario abierto, me devolvió una desagradable imagen de mí mismo.

Estaba pálido como una cuartilla, eso que los modistas llaman pomposamente «color hueso». Mi rostro asemejaba haber perdido toda su carne y la piel se adhería a los huesos que forman mi calavera dándome un aspecto de cadáver momificado. Los ojos luchaban por salirse de sus órbitas, y manos y rodillas me temblaban de una forma incontrolable.

Casi estaba a punto de romper a llorar.

Y no por hallarme a salvo, o por sentir dolor alguno. Quería llorar por nada, por desahogarme… por llorar.

Kobra apareció a mi lado con un vaso de zumo de naranja, que bebí apresurada, sin explicarles nada, mordiendo furiosamente la pulpa de aquellos frutos.

—¿Ya estás bien? —me preguntó Kobra acariciando cariñosamente mí enmarañado pelo—. ¿Estás en condiciones de contar lo que te ha sucedido?

Me encogí de hombros.

—Tu hermano… —comencé a decirle a Shata.

—Ése no es mi hermano. Sólo es un conocido que, a cambio de una cantidad me proporciona clientes. Decimos que somos hermanos porque queda morboso… Pero… ¿Le ha sucedido algo?

—No. Creo que en estos momentos debe de haber cruzado el Himalaya y debe estar internándose en las llanuras de la China continental…

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntarme Kobra.

—No me atrevo a contarlo. Quizá mañana, cuando haya descansado…

Ni siquiera me duché. Simplemente me di la vuelta hasta colocarme boca abajo, y cerré los ojos.

Noté cómo las expertas manos de Kobra y Shata comenzaban a darme un masaje por los hombros, por la espalda, por la nuca…

* * *

Cuando me desperté a la mañana siguiente las chicas aún dormían, cada una a un lado mío.

Salí por los pies de la cama, procurando no despertarlas y me introduje bajo el chorro de agua caliente de la ducha, deseando que aquel líquido lavase los malignos recuerdos que almacenaba en mi mente.

Las dos chicas, se despertaron al oír correr al agua, y acudieron al cuarto de baño.

Ambas estaban desnudas.

Ambas se introdujeron en la ducha.

Ambas comenzaron a acariciarme, a besarme, a…

Ambas gritaron a dúo.

El agua de la ducha se había transformado en un líquido viscoso y rojizo que comenzó a manchar nuestros cuerpos.

—Es… ¡Sangre! —gritó Kobra.

Por el desagüe de la bañera brotaron diminutas serpientes, ágiles y vivarachas como salmones, que remontaban el líquido hasta acercarse a nuestros pies y morderlos.

Bocados como alfileres profundos, como descarga; de muerte de sus bocas y de la viscosidad de sus cuerpos.

—¡Fuera de aquí! —grité a las dos chicas, a la vez que las sacaba, a empujones, fuera de la bañera.

Cerré el grifo y taponé el desagüe.

Unos cientos de aquellas pequeñas serpientes quedaron atrapadas sobre la pulida superficie de la bañera, Kobra y Shata se contorsionaban intentando arrancarse los bichos.

Gritaban desesperadamente y se retorcían de dolor.

Cogí el «*spray*» del desodorante y la botella de After-shave y los derramé sobre ellas, a la par que lo extendía con mis manos por toda la superficie infestada de serpientes.

Las piernas de las chicas, hasta la mitad de los muslos, estaban cubiertas de pequeñas llagas.

Poco a poco, el alcohol fue acabando con las serpientes.

Ellas hicieron lo mismo conmigo hasta que los tres nos vimos libres de aquella demoníaca plaga.

Con prudencia comencé a quitar el tape del desagüe. Rápidamente, por el sumidero, se fue la sangre y las serpientes. Con aprensión abrí el grifo de la ducha, y comprobé que sólo salía agua.

—Nos ducharemos de uno en uno —dije a las chicas invitándolas a precederme.

Una vez estuvieron listas, me introduje yo bajo el agua.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta. Tras colocarse una sábana alrededor del cuerpo, Shata la abrió.

—¿Sucede algo? —preguntó un camarero en inglés—. Hemos oído unos gritos y…

La chica le hizo pasar hasta el baño, Yo, al oírlos, me cubrí apresuradamente con una toalla, al igual que Kobra.

En pocas palabras Shata explicó en hindú lo que nos había sucedido.

El camarero observó atentamente las ropas que nos cubrían, aguantó una sonrisa, y escuchó las explicaciones de Shata con una expresión de cortés incredulidad. Con un aire de decir: «Usted paga y está en su derecho de contarme una batallita. Pero yo estoy en el mío, de no creerme ni una sola palabra».

No quedaban rastros del chorro de sangre que nos había bañado, y tampoco se veía serpiente alguna por el cuarto de baño. Las heridas que nos habían infringido aquellos reptiles, se habían convertido en «abones» como los de una picadura de mosquito común.

El camarero sonrió cortésmente, escuchó pacientemente nuestras explicaciones, hizo unos gestos de comprensión ante nuestras

muestras de incredulidad y se fue pensando que acabamos de salir de una orgía de sexo y drogas.

Pero las picaduras que nos escocían brutalmente… ¡No eran fruto de nuestra imaginación!

Por teléfono Shata intentó averiguar el paradero de su amigo botones. Le dijeron que había acudido a primera hora, y se había despedido del trabajo.

—Está asustado —sentencié yo amargamente—. Teme que se descubra que él ha sido quien ha introducido al «forastero» en la ceremonia prohibida.

Me di cuenta de que no les había contado nada y, en pocas palabras, les hice un resumen de lo acontecido la noche anterior. Un resumen que era un pálido reflejo de todas las cosas que yo había sentido en aquel Templo.

—Entonces… —comenzó a decir Kobra—. La mitad de los pobladores de Benarés está intentando localizarte y eliminarte.

—Sí. Es una buena conclusión. Además conocen mi rostro y, después de lo sucedido en la ducha, creo que saben cómo y dónde encontrarm…

Shata sufrió un escalofrío.

—Estamos en peligro. Si todo lo que se cuenta sobre los «thuggs» es verdad, estamos en un peligro muy grande. Sus dedos son infinitos en número y en alcance. No hay nada que se propongan, que no consigan. Hasta ahora se han limitado a sus ritos sangrientos, hacen desaparecer alguna persona de tanto en cuanto y ya está. Pero, tú has venido a provocarlos, a removerlos… es como si hubieras metido una cerilla en un avispero.

Tenía razón. Lo mejor que podíamos hacer era recoger nuestras maletas y huir.

—Tú vienes con nosotros —le dijo Kobra a Shata, arrancando de ésta un suspiro de tranquilidad.

Recogimos todo, pagamos la cuenta y pedimos un taxi para el aeropuerto.

Tuvimos que esperar unos minutos hasta que llegó. Entonces colocamos nuestras maletas y nos acomodamos en el incómodo asiento trasero.

Hasta que no abandonamos la ciudad y nos adentramos en los campos que se extendían entre la ciudad y el aeropuerto, no me

atreví a encender un cigarrillo.

Y, cuando lo hice, me quedé mirando fijamente las volutas de humo que comenzaba a formar una figura, un rostro…

¡¡¡…SHAIRAJ!!!

Capítulo X

Se trataba de un taxi estilo neoyorquino, con el asiento del conductor separado de los pasajeros por una gruesa mampara de vidrio.

El humo inundó nuestro recinto con una celeridad inaudita.

Arrojé el cigarrillo al suelo y lo pisoteé con fuerza.

Pero el daño ya estaba hecho. Ante mí, en medio del humo comenzaba a formarse el odiado y maligno rostro de Shairaj, descompuesto por una sonrisa diabólica.

Di una patada al cristal de la mampara sin conseguir más resultado que un bonito sonido grave, y un dolor intenso en el pie.

Las dos chicas, a mi lado me miraban sorprendidas.

—Indy… ¡Indy! ¿Qué te ocurre? —me preguntó Robra a la vez que me agitaba por los hombros.

—¡Maldita sea! ¿No lo ves? —grité.

—¿Qué tenemos que ver? —me interrogó Shata, realmente asustada.

No tenía tiempo para explicarles nada.

El rostro de Shairaj estaba intentando entrar en mi cuerpo por la boca, por la nariz…

Desesperadamente, apoyé los dos pies en la mampara y me arqueé, intentando hacerla saltar.

La postura que había tomado me obligaba a que mi pecho entrara en contacto con el rostro de Shairaj.

Sentí un tremendo escozor, un fuego abrasador intentando abrirse camino hasta mi corazón.

Redoblé mis esfuerzos contra la ventana, hasta que el taxista, enfadado detuvo el vehículo y nos abrió la puerta.

—¡Bajen! Bajen ahora mismo de mi coche.

Por un momento confié que la puerta abierta dispersaría el humo, y el temido rostro de mi mortal enemigo.

Pero nada de eso sucedió.

—Si su compañero está loco, o borracho, o drogado… ¡Ése no es mi problema! —dijo el taxista mientras arrojaba las maletas al suelo, montaba en su vehículo y se alejaba hacia la ciudad.

Kobra y Shata intentaban ayudarme pero no sabían cómo.

Yo estaba retorciéndome en el suelo, intentando huir de los brutales embates del humo, que pugnaba por entrar dentro de mí.

—Se está congestionando… ¡Mira el color de su rostro! —gritaba Shata.

—No respira… ¡Tenemos que hacerle el boca-a-boca!…

Me di la vuelta, colocándome boca abajo, para impedirles cualquier idea de ese tipo. ¡Bastante trabajo tenía yo con enfrentarme al humo, como para tener que luchar con aquellas dos chicas!

Pegué mi rostro al suelo, y cubrí mi cabeza con las manos, intentando impedir que el humo llegase hasta mí, y poder respirar, aunque sólo fueran un par de bocanadas.

Lo conseguí, pero Shairaj estaba en mis labios, antes de que mis pulmones hubieran podido darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Los cerré nuevamente con fuerza, y los mordí para mayor seguridad.

El humo penetró por mis narices… me esforcé por no respirar, por no hacer ni la más leve inhalación que permitiera al diabólico santón acceder a mis pulmones.

Por mi mente pasaban imágenes que nunca hubiera podido soñar, ni siquiera en las más horrorosas pesadillas.

Ante mí se estaban repitiendo todas las muertes de todos los seres humanos, todos sus dolores, todos sus gritos, sus sufrimientos…

Millones y millones de rostros borrados y sin rasgos aullaban su espanto ante mí.

Millones y millones de seres imposibles, castigados con horribles penas, gritaban de dolor.

Millones y millones de sufrimientos azotaban mi cabeza obligándome a retorcerme, a morir sin alcanzar la paz.

Las dos chicas se lanzaron sobre mí intentando «ayudarme».

Las pateé sin piedad, forzándoles a retroceder.

Vi cómo se frotaban donde habían recibido los golpes, mientras me observaban con una mezcla de pena y enfado…

—Nunca pensé que nos trataría así. ¿De dónde saca tanta fuerza? —preguntaba Shata sorprendida.

—Debe de estar «endemoniado»… —replicó Kobra—. Según se cuenta en los libros de religión medievales, algunas personas eran poseídas por el diablo. Blasfemaban, se retorcían arrojaban espumarajos por la boca…

Era precisamente lo que me estaba sucediendo a mí. El insoportable escozor que me producía el humo rodeando mi pecho, me obligaba a tener el rostro contraído, con la boca abierta en un «rictus» mudo de grito de dolor.

Nuevamente rodé hacia el suelo, para permitir que unas pocas ráfagas de aire llegaran a mis pulmones.

En aquellos momentos Shairaj se aferraba con fuerza a mi espalda, quemándomela, abrasándomela, convirtiéndola en una brasa incandescente que me corroía las entrañas…

Me revolví furioso.

¿Cómo se puede luchar contra algo así?

Mis pulmones pugnaban por respirar.

Mi cerebro lo hacía por maldecir aquella tuerza maligna que luchaba contra mí, que luchaba por mí, por mi posesión.

—¡Cthulhu! —pensaba con todo el odio de que era capaz—. ¡Cthulhu!

Repentinamente…

No sé cómo explicarlo… es difícil hacer que ustedes lo comprendan, pero lo intentaré.

La palabra CTHULHU se fue deslizando por mi cerebro, recorriéndolo todo. Luego bajó hasta la garganta. Allí se detuvo unos instantes la abrió dejando paso al aire viciado que retenía en los pulmones, y salió al exterior.

—¡¡¡CTHULHU GANGAAAAAA!!! —grité agónicamente—. ¡¡¡CTHULHU GANGAAA!!!

El humo me envolvió todo el cuerpo, como la seda envuelve a los gusanos hasta transformarlos en mariposas. Un humo que ya no escocía, que ya no quemaba. Un humo dulzón, balsámico,

nutritivo…

Sentí paz. Toda la paz del mundo.

Después, el humo desapareció en el aire, yo quedé postrado en el suelo agotado por el esfuerzo que había realizado, exhausto por la titánica lucha que acababa de librar con las fuerzas del mal.

Tardé un rato en abrir los ojos y, cuando lo hice, temía volver a encontrarme con las horrorosas visiones que había alejado, profiriendo la invocación diabólica.

Me levanté y tranquilicé a Kobra y a Shata. Luego permanecí callado. Necesitaba aislarme de todo, encerrarme en mí mismo, recomponer mi maltrecho espíritu.

Las chicas pensaban que yo había sido presa de un ataque epiléptico o «algo parecido», y que aún me hallaba bajo sus efectos…

No les saqué de su error.

Cruzamos al otro lado de la calzada, detuvimos un taxi que volvía vacío del aeropuerto y pedimos que nos llevase allí.

Desde una cabina llamamos a Oliver Hodgson.

—Lo siento señor Hodgson… ¡He fracasado! —insista otra vez, no se deje desanimar por no encontrar pistas…

—No es eso, señor Hodgson. Se trata de que he encontrado pistas, las he seguido… y no tengo fuerzas para seguir intentándolo.

Un silencio se hizo al otro lado del teléfono. Un silencio que duró varios segundos.

—¿Qué tipo de pistas? —me preguntó el millonario.

Le expliqué brevemente que había estado en una ceremonia «thugg» de adoración a Kali, Oliver Hodgson se puso muy nervioso:

—¿De verdad? ¡No me engañe! Esto es muy importante… Cojan el primer avión y vengan a mi casa de New York… ¡No! Tomen un taxi en el aeropuerto y que les conduzca a Winfield, cerca de Providence, en Rhode Island. En las afueras está una de mis mansiones. Yo les esperaré allí.

Dos horas después estábamos embarcados rumbo a New York.

Cerré los ojos para dar la sensación de que dormía y evitar las preguntas de las chicas, pero sólo conseguí dar un par de agitadas cabezadas en las que lo desconocido, lo prohibido, lo maligno, volvió a apoderarse de mí, haciéndome despertar en plena excitación febril.

* * *

La mansión de Oliver Hodgson en Providence parecía haber sido diseñada por algún arquitecto demente.

Era la típica construcción norteamericana de madera, con porche, tejados a varias aguas, habitaciones abuhardilladas en el último de sus tres pisos. Y, unido a ella, un impresionante torreón de piedra.

Winfield era un pueblo gris y pequeño, volcado sobre el mar embravecido, La Mansión de Hodgson se hallaba situada en lo alto de un acantilado azotado por el viento y desde el que se divisaban las olas rompiendo con fuerza contra las rocas, produciendo un sonido que siempre me ha relajado.

Se sorprendió al ver que regresábamos tres personas, pero no lo demostró. Ordenó a uno de sus sirvientes que preparara otra habitación contigua a las que estaban dispuestas para Kobra y para mí.

Sólo yo podía notar que bajo la educación y los modales de aquel hombre, latía una urgente necesidad de saber todo, lo que me había ocurrido.

A pesar de todo, su educación primaba sobre cualquier otra cosa. Nos enseñó nuestras habitaciones, nos mostró en detalle su mansión, sus impresionantes salones, el acristalado pabellón que daba directamente sobre el mar, su interminable biblioteca instalada en el torreón.

No pude evitar lanzar un suspiro de admiración. Si ustedes han leído mis novelas sabrán que soy un apasionado de la lectura y que, con mucha frecuencia, les he ofrecido alguna sugerencia no firmada por mí.

Aquella biblioteca podía constituir el sueño de cualquier lector. Los libros, perfectamente ordenados, se alineaban encuadernados en piel. Repartidos por toda la biblioteca había confortables sillones de cuero, atriles para sostener libros voluminosos, mesas con lámparas…

No pude resistir la tentación de dar un vistazo a los ejemplares más próximos, a sus autores y a sus títulos que, para mí, eran desconocidos en su mayoría: «Cuite des Goules» por el conde d’Erlette,
«De Vermis Mysteriis» de Olaius Wormius, los «Cantos de Dhol» de

autor anónimo…

Nuestro anfitrión se acercó a mí y, tomándome por un brazo, me llevó junto a Robra y Shata.

—Vamos, vamos, señor James… No está bien entretenernos en nuestros «vicios solitarios» mientras hacemos esperar a las damas. La comida estará lista dentro de poco tiempo. Si desean refrescarse primero…

Volvimos a nuestras habitaciones. Kobra se preocupó de comprobar que las tres se comunicaban entre sí.

—Esta noche… —dijo poniendo una voz grave y lúgubre—… almas en pena recorrerán estas puertas en busca de alimento para sus espíritus…

No me hizo gracia aquella broma. Desde mi visita a los reinos del Más Allá, me había vuelto tremendamente susceptible hacia cualquier muestra de escepticismo. Nadie que hubiera pasado por lo que yo había sentido, podía seguir indiferente al «Más Allá».

Después de la comida y sentados en el salón de fumadores, Oliver Hodgson intentó que narrara todo lo que me había sucedido.

Me fue fácil describir cómo había contactado con el botones, cómo se llegaba al Templo de la Idea Ausente, cómo se entraba en él… pero en el momento en que debía de narrar lo que allí había presenciado, mi voz comenzó a fallar. Las palabras se negaron a salir de mis labios, las ideas se me confundieron, las sensaciones, los recuerdos atenazaron mi ánimo.

—Dejémoslo, amigo mío. Sobradamente conozco la inquietud que la azota. Quizá dentro de unos días, cuando su cuerpo y su mente se hayan serenado en este remanso de paz, pueda recordar lo sucedido.

El resto de la tarde lo pasé en el mirador del mar, en solitario, viendo romper las olas contra los farallones e intentando tranquilizarme.

Cené en silencio y me retiré a mi cuarto antes de que sirvieran los postres.

Conseguí dormir sin pesadillas.

Me despertó un cuerpo viscoso arrastrándose sobre mi pecho.

Di un grito y encendí la luz, a la vez que mi mano derecha se aferraba con fuerza a aquel cuerpo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Kobra.

A la luz, pude ver que las dos chicas, desnudas estaban sentadas a los pies de mi cama.

Respiré hondo.

—Lo siento Kobra…

—Pretendíamos «relajarte», ayudarte a conciliar el sueño…

Negué con la cabeza.

—No. No es el momento.

Las dos chicas hicieron un gesto de comprensión y se levantaron.

Kobra no pudo evitar acercarse a mí y darme un maternal beso en la frente a la vez que me acariciaba la espalda…

—Que descanses… ¿Qué es esto?

La mano de Kobra reposaba en la espalda, cerca de la nuca.

—¡Mira! —le dijo a Shata.

Ambos escudriñaron mi espalda.

—¿Qué es? Seguro que se trata de algún granito o… —dije yo.

Shata me miró a los ojos fijamente antes de hablar.

—Es un grano muy especial… negro, y con la forma Sí. No cabía ninguna duda. Se trataba de una imagen de la Diosa del Mal.

—Es una que sólo tienen algunas personas… —comenzó a decir Shata—. Se dice que el que la posee ha bajado al Infierno y ha vuelto a subir… conservando un poco de su libertad… pero sólo un poco. Otra parte de él… ha quedado presa para siempre en las entrañas de Kali.

Las obligué a salir de la habitación y me dispuse a dormir.

Pero no lo conseguí.

Durante toda la noche estuve a solas con aquel viento huracanado que chocaba con los portones de mis ventanas.

Capítulo XI

Cuando bajé a desayunar, al día siguiente, Oliver Hodgson estaba leyendo en el comedor.

Cerró el libro y, sonriente, me saludó.

—Espero que haya descansado señor James.

—No demasiado —contesté mientras me sentaba ante una bandeja de bollos recién horneados.

El señor Hudgson se dirigió a mí nuevamente.

—Kobra y Shata me han encargado que las despida en su nombre. Han comprendido que su estado de ánimo requiere el bálsamo de la soledad y han decidido partir hacia sus ocupaciones. Si lo desea, yo también me iré, aunque usted puede permanecer en esta mansión todo el tiempo que desee. Pero me agradaría que cuando sea capaz de enfrentarse con lo ocurrido me avise. Quiero saber todo lo que sucedió.

—No. No es necesario que se vaya. Sólo necesito un poco de tranquilidad y de paz…

Los días que siguieron a esta conversación fueron exactamente tal y como los había deseado: largos paseos por el campo y alguna de las calas próximas, horas y más horas empleadas junto al mar, cigarros nocturnos en la soledad de mi habitación…

Oliver Hodgson parecía intuir mi estado de ánimo. Si necesitaba recogimiento no aparecía en el comedor cuando estaba yo. Si lo que mi espíritu pedía era algo de compañía humana, allí estaba, aguardándome al otro lado de la mesa. Si necesitaba silencio, callaba, Si necesitaba una voz, sabía hablar sin forzar mi atención.

Al séptimo día, me encontraba francamente recuperado.

Nuevamente intentamos la narración de lo sucedido.

Y nuevamente fracasé.

Fue entonces cuando Oliver Hodgson me lo pidió:

—No sé si usted conocerá mis dotes como hipnotizador… Se dice que un experto en estas artes puede sacar de un ser humano hasta sus más olvidados recuerdos… Si usted me lo permite…

—Se lo permito —repliqué escuetamente.

Me llevó hasta la biblioteca, y me hizo sentar en un sillón. Atardecía y sólo la luz de la chimenea iluminaba la estancia. Hasta el sólido y bien edificado torreón no llegaba el rumor de las olas rompiendo contra los farallones. Sólo podíamos escuchar el furioso batir del viento contra los cristales.

—Cierre los ojos, amigo mío… —me dijo con voz suave antes de seguir:

… descanse…
… descanse…
… descanse…

* * *

Era noche cerrada cuando desperté.

Oliver Hodgson estaba ante mí, sentado en otro sillón.

Me observaba con aire ausente, con las manos juntas bajo su barbilla.

Tenía la palidez de un cadáver, y parecía haber envejecido muchos años, su pelo estaba revuelto, sus dedos se habían adelgazado…

—Amigo mío… ¡Cuánto le he hecho sufrir! Espero que haya descansado. Lleva usted 28 horas durmiendo…

Debía de ser cierto porque tenía unas inaguantables ganas de orinar. Lo hice y volví junto a mi anfitrión.

Me encontraba bien, muy bien. Mucho mejor de lo que había estado antes de la sesión de hipnosis.

—¿He contado algo? —pregunté cortésmente.

—Todo. Y no sólo lo ha descrito… yo lo he vivido con usted… lo he padecido en una proyección de su mente dentro de mi cuerpo.

—¿Quiénes son los «Thuggs»? ¿De dónde sacan sus poderes? ¿Qué es Kali?

Respiró profundamente antes de responderme:

—Kali es un engaño, como yo me imaginaba. Es un nombre falso para alguien mucho más poderoso: Cthulhu… El es el Mal, la Fuerza Eterna, el Poder Total, la Presencia Maligna Absoluta…

—No lo entiendo…

—Mejor así. Ahora está en paz \ yo sufro. Pero sufro porque lo deseo, porque quiero saberlo todo…

—¿Saber todo de qué…?

—Algún día se lo explicare. Algún día, amigo mío. Pero ahora he de rogarle que abandone esta casa.

Me tendió un sobre.

Tenga. Es bastante más de lo que le había prometido. Pero todo el dinero del mundo no sería bastante para pagarle por los horrores que ha sufrido…

En eso tenía razón.

—… por mi encargo. Sólo deseo que no me guarde rencor que, si algún día lo necesito, venga junto a mí.

—Sí. Puede contar con ello —respondí apresuradamente.

—Gracias, gracias… Ahora váyase.

Nos estrechamos las manos y noté una extraña rugosidad en su palma. Cuando las separamos, la miré detenidamente. Cerca del dedo pulgar había una verruga. Una extraña verruga con la forma de la Diosa Kali…

Me llevé la mano a la espalda.

La mía no estaba.

Oliver Hodgson sonrió pícaramente, se llevó un dedo a los labios, rogándome silencio, y amablemente me señaló la escalera de bajada.

Salí, recogí mi bolsa y bajé las escaleras.

Un coche con chófer me esperaba a la puerta.

—¿Dónde desea ir el señor?

—Lléveme a Nueva York.

Mientras cerraba la puerta me pude dar cuenta de que el viento, que no había cesado de soplar durante mi estancia en Winfield, se había calmado repentinamente.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] KOBRA es una vieja amiga mía. Si ustedes han leído «El diente de perro» (n.º 2 de esta colección) y «Recuerde el arma dormida» (n.º 17), sabrán de mis andanzas a su lado, de la veracidad de todas las «andanzas de cama» que cuenta, y de su curiosa costumbre de desaparecer sin despedirse y sin dejar más que unos pocos dólares en mi cartera. NOTA: Mi editor español dice que todavía tiene algún ejemplar en su almacén. < <

[2] Ver «Recuerde el arma dormida», n.º 17 de esta colección. < <